

vr vida religiosa

Mayo 2023-número 5 vol.135



Sin Nostalgia

Liliana F.: La alegría de los consagrados que están en zonas límite de misión

**En sinodalidad intergeneracional:
Comunidades**

NOVEDADES



DIVERSIDAD COMO COMUNIÓN

LECTURA ACTUAL DE LAS RELACIONES
ENTRE LAS FORMAS DE VIDA CRISTIANA

CARLOS L. GARCÍA ANDRADE. Páginas 192. P.V.P.: 16 euros

Dentro de una visión de la Iglesia como «comunidad en la diversidad», el libro estudia las tres formas de vida cristiana fundamentales (sacerdocio, laicado y vida consagrada) teniendo en cuenta las diversas combinaciones entre ellas (por ejemplo, consagrados que son también sacerdotes o diáconos permanentes que están casados). Se ofrece una nueva mirada a sus diferentes misiones y estilos y a sus «mutuas relaciones» en el contexto actual.

**INTER
GENES** Desplegables al servicio
de la evangelización

Un proyecto para parroquias, templos, santuarios, colegios, residencias universitarias, residencias de mayores, hospitales, centros pastorales...

www.intergentes.es



Publicaciones Claretianas
Juan Álvarez Mendizábal, 65, dupdo. 3º - 28008 Madrid - Tlf. 915 401 267
publicaciones@publicacionesclaretianas.com
www.publicacionesclaretianas.com

EDITORIAL



L. A. Gonzalo Díez
DIRECTOR
DE VIDA RELIGIOSA

Sin nostalgia

Acabamos de concluir la Semana de Vida Consagrada. En conjunto, unas jornadas muy bien articuladas y una reflexión que, desde mi punto de vista, ha ido con el paso de las horas cogiendo impulso para incidir en lo que conviene: la esperanza de la vida consagrada.

Es frecuente que, ante un mismo texto, cada uno encontremos en él lo que buscamos o necesitamos. Nos sentimos reafirmados o decepcionados según se garanticen nuestras expectativas y «verdades previas». No es fácil estar abierto o abierta a la esperanza sin prejuicios.

Hace unos años —en 2018— afirmaba Walter Riso que «la indiferencia jamás pasa desapercibida». Y curiosamente ese pensamiento me ha sacudido durante estos días contemplando a los asistentes. La mayor parte de ellos son personas conoci-

das. Rostros e historias que tejen la auténtica vida consagrada. Personas consagradas del siglo XXI en occidente. Jóvenes, muy jóvenes de culturas diversas, y ancianos muy ancianos, de una misma raíz cultural. Esta es la fotografía. Entre ambos, un minúsculo grupo de personas en «edad intermedia», con esperanza y escepticismo, también intermedios a partes iguales. Es el cuadro real de los consagrados que están en camino y dejándose encontrar por la esperanza... en nuestro hoy.

Y se preguntarán el por qué de la frase de Walter Riso... Pues sencillamente, porque la propuesta de esperanza en el texto, hizo que se removiesen las esperanzas y desesperanzas de la vida de no pocos participantes. Así, uno de los días, dialogando con una de las ponentes, sin habernos puesto de acuerdo, coincidimos en la sorpresa que nos producía descubrir

tanto sufrimiento en algunas personas que buscan, en la vida consagrada, la esperanza para sus vidas. ¿Cómo es posible?

Está claro que el proyecto es el mejor de los imaginables: El discipulado sin interrupción, la proximidad con Jesús sin obstáculo, el amor como única guía y ley, la libertad como horizonte... ¿A quién que busque la totalidad no le va a llenar? ¿Quién se puede imaginar algo más completo y mejor?... No falla el proyecto. Quizá esté fallando la realización del mismo en algunas comunidades. Espacios que se han ido separando del ideal para discurrir por itinerarios más calculados, funcionales y mediocres donde se desdibuja el discipulado, se pierde la cercanía con Jesús, se tasa el amor y se ata la libertad.

No sirve para nuestra época el argumento voluntarista de que el que quiere sale adelante. Tampoco hacer

depender todo de la responsabilidad personal. No se puede reprochar a la falta de pasión de las personas, lo que son debilidades institucionales. No sirve como iluminación para salir de la oscuridad la lectura y recordatorio de textos gloriosos de ayer. La teología para ser reconocida y convertirse en vida, necesita ser meditada desde una vida agradecida y querida. Es absolutamente imposible la esperanza en ámbitos de indiferencia que, aunque parece silenciosa, jamás pasa desapercibida y puede llegar a hacerse fuerte como contexto normal. La gran tarea de la vida consagrada de este tiempo no es justificarse, ni defenderse.

No hay enemigos que acechen desde «fuera» nuestra debilidad. Nuestra tarea es reinventarnos para desterrar la indiferencia que carcome la esperanza y hace viejas tantas propuestas de innovación y vida. Cuando esto no se ve, cuando tenemos pavor a mirarnos como hombres y mujeres capaces de dialogar con nuestra humanidad, necesitamos hacer un listado de peligros. Eso sí, son peligros externos. Casi todos de plástico o plasma, casi todos tangibles, medibles y facturables... Cuando no abrimos la expectativa para recrear una afectividad que cure la indiferencia... todo son añadidos que quedarán reducidos a la nada

porque solo es «moda del momento». La enfermedad está en el corazón.

El estado natural de la vida consagrada no es la crisis. Su estado natural es la esperanza. Entender esto nos obliga a cambiar la mirada, la reflexión y el liderazgo. De lo contrario mostramos y vivimos supervivencia.

Por cierto, la frase completa de Walter Riso decía así: «Cuando ya no te quieran, lo sabrás, aunque no te lo digan. Lo sentirás desde lo más profundo porque la indiferencia jamás pasa desapercibida». Por eso, hay tarea: construir la esperanza devolviendo el corazón a las personas y a las estructuras. Por supuesto, sin nostalgia.

Nuestra portada

Es una de las muchas escenas que hemos podido ver y disfrutar en la reciente Semana de Vida Consagrada del ITVR celebrada en Madrid del 12 al 15 de abril. Bajo el título «Entretejer itinerarios de esperanza» hemos conectado con un realismo profético que nos impulsa al cuidado, la confianza en quienes hoy están en la vida consagrada y la búsqueda de desplazamientos significativos para la vida. Tres palabras resuenan con fuerza después de estos días: escucha, cuidado y sorpresa.

Volumen 135. N° 5 Mayo 2023



Dirección: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid

www.vidareligiosa.es

Redacción: Tel.: 915 401 262 - WhatsApp: +34 676 25 67 05 - e-mail: secretaria@vidareligiosa.es

Suscripciones: Tel.: 915 401 238 - e-mail: suscripciones@vidareligiosa.es

Precios: España y Unión Europea: 63 euros (IVA incluido).

Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 94 euros ó 102\$ USD.

Otras naciones: 67 euros ó 72\$ USD. Números sueltos: 4 euros ó 4,50 \$ USD + gastos de envío.

Índice



- 04** En camino,
Alberto Ares
- 05** Mirada con lupa,
Luis A. Gonzalo
- 10** Femenino singular,
Cristina Inogés
- 11** En Sinodalidad Intergeneracional:
Comunidades, José Cristo Rey García
- 19** Guardad vuestro corazón,
Anna S. Boira
- 20** Hablando en dialecto,
Dolores Aleixandre
- 21** Retiro: Discípulos en comunidad (II),
Miguel Tombilla

- 29** Vivir es así de simple,
José Tolentino de Mendonça
- 30** Más que una foto: Almudena Vilariño,
Carlos González
- 40** La tiranía de la belleza. El cuerpo
como valor y como problema,
Enrique Gervilla
- 44** La inversión de impacto desde
el prisma de las instituciones religiosas,
Arturo Benito
- 47** La sonrisa en la mirada,
Jorge A. Sierra
- 48** Lectura recomendada,
Francisco Javier Caballero

Edita: Misioneros Hijos del Corazón de María (Claretianos)

Director: Luis A. Gonzalo Díez

Subdirector: Pedro Sarmiento

Consejo de Dirección: José Cristo Rey García

Consejo de Redacción: Asunción Codes, Luis González-Carvajal, Félix Martínez Lozano, M^a Luisa González,

Joaquim Erra i Mas, Segundo L. Pérez, Francisco J. Caballero - Depósito Legal: M-2.582-1.958 ISSN: 0211-9749

Maquetación y diseño: M^a Ángeles González, Araceli López-Pastor, Pedro M. Sarmiento

Foto de portada M.A.Gil (ITVR)- Imprime: Din Impresores.



Alberto Ares

DIRECTOR DEL SERVICIO JESUITA A REFUGIADOS
JRS EUROPA

De carne y hueso

Dicen que los buenos referentes para los jóvenes no abundan en nuestros tiempos. Se habla de una pérdida de valores en el mundo de la política, de la economía, de las ciencias... De una desconexión entre el mundo de la vida y las otras esferas del ser humano, incluso en muchos casos dentro de nuestra propia experiencia cristiana. Esa desconexión puede llevarnos a tener como referentes entre los pequeños a superhéroes de los comics o de las series, a instagramers o youtubers con abundantes filtros y retoques que proyectan una imagen ideal e irreal, a políticos populistas con impactantes eslóganes, pero con vacías palabras. Unos y otras, referentes que nos alejan y desconectan cada vez más de la realidad cotidiana que vivimos.

Se dice que los referentes en la vida nos ayudan a sacar lo mejor de nosotros mis-

mos, a querer imitarlos y seguir sus pasos, a “enamorarnos” de su forma de ser y actuar. Pero uno se pregunta, ¿a qué nos mueven este tipo de modelos? Y aunque nos parecieran buenas esas figuras de superhéroes, esos cuerpos trazados con Photoshop, esos modelos de sociedad con eslóganes vacíos e irreales, ¿son fáciles de alcanzar para el común de los mortales? ¿Cuánta frustración y depresión inyectan en nuestras vidas estos mundos inalcanzables?

Estos días me impactó de una manera especial la vida de dos amigos que compartieron muchas aventuras en un pequeño país centroamericano, apodado “El pulgarcito”. Esos amigos son Oscar Arnulfo y Rutilio. ¿Qué tienen en común estos dos amigos y por qué los traigo a colación en este contexto?

Tengo que decir que Rutilio Grande y Óscar Arnulfo Ro-

mero son dos figuras que animan y alientan mi vocación. De ellos he aprendido a creer y a animar la comunidad, a estar cerca de la gente sencilla que es portadora de la Buena Noticia, de la importancia de la formación, de proclamar la Palabra y de encarnarla como comunidad. Hay algo de Rutilio y también de Romero que me impresiona enormemente.

Ambos eran dos hombres de carne y hueso, frágiles, física y mentalmente, con periodos de oscuridad y fuerte fragilidad, y es desde esta realidad que Dios los llama. No porque fueran perfectos o con superpoderes, sino porque es a través de esa debilidad que el Señor los hizo “fuertes”, los animó a ser profetas y a entregar su vida por amor. Tal fue su entrega que dicen: “Con Romero, Dios pasó por El Salvador”.

A todos los que no somos perfectos nos consuela ver que el Señor llama y pone como ejemplo a Rutilio y Romero. Dios no nos quiere porque hagamos todo bien, sino que nos acoge y nos llama a pesar de nuestras debilidades y limitaciones, confía en nosotros, ayudándonos a partir de donde estamos a dar pasos adelante, a caminar a su lado.



**Gloria Liliana Franco, o.d.n.
presidenta de la CLAR**

ENTREVISTA

Me impacta la alegría de los consagrados que están en zonas límite de misión

Gloria Liliana Franco tiene esperanza... por eso cuando habla de ella referida a la vida consagrada se hace creíble. Presidenta de la CLAR, hasta hace un mes era además superiora provincial de la Compañía de María de la provincia del Pacífico. Ha sido ponente en la Semana de Vida Consagrada de Madrid y ha propuesto reescribir para este tiempo la mística, la misión y la profecía...

Luis A. Gonzalo Díez, cmf
Director de VR

Acaba de participar en la Semana de Vida Religiosa de Madrid... ¿Está la vida consagrada esperanzada?

Esta, como la vida religiosa del mundo entero, urgida de vestirse con el traje de la esperanza que le permita transitar con mayor pertinencia y significado este momento de la historia.

Está ubicada en el lugar de la “pascua” que es justo el de la esperanza, consciente de su pequeñez y segura de la acción imparable de su Dios.

Eres una mujer consagrada feliz, ¿percibes mucha felicidad en los consagrados?

Percibo que necesitamos poner más la mirada en Jesús para aprender de Él, la manera de ayudarnos a transitar el camino con mayor sentido y alegría. Creo que a veces pesan mucho en la vida religiosa los modos de proceder y algunas anquilosadas estructuras y que estamos necesitados de flexibilidad y de aire nuevo. Me impacta

y me hace mucho bien, la alegría con la que viven, las religiosas y los religiosos, que están en zonas límite de misión, en las periferias. Esa alegría de los que saben salir de sí y no necesitan de mucho para vivir el gozo de su vocación. La alegría de los que confían y se dejan conducir en libertad por Dios.

¿Dónde cree Liliana que hemos de incidir en la transformación de las estructu-



ras? ¿Qué es lo más urgente?

Las estructuras de gobierno tienen que estar más volcadas a la escucha, ofrecer más posibilidades de inclusión y participación.

Las estructuras de misión tendrían que enriquecerse en la dinámica de la red, del trabajo con otros, de la salida misionera.

A las estructuras comunitarias y formativas, les hace bien poner en el centro a la persona, crecer en humanidad; posibilitar el auténtico diálogo intercultural e intergeneracional.

¿Hay un tono de cambio en el servicio de liderazgo en la Iglesia? ¿Y en la vida consagrada?

Sin lugar a duda, el espíritu de la sinodalidad lo permea todo... y todos vamos comprendiendo que urge conversión en los modos relacionales y en el ejercicio del liderazgo. Por lo menos teóricamente vamos dando lugar a reflexiones en las que comprendemos que todos merecen un lugar, que no puede haber excluidos; que las dinámicas de participación y corresponsabilidad, requieren de acercamiento reverente a las personas y a las culturas; que no debemos caer en la tentación de abso-

lutizar prácticas y estilos culturales hegemónicos. Que, en el banquete del Reino, la visión y el servicio de todos enriquece. Y eso supone una conversión de las actitudes,

La vida religiosa está urgida de vestirse de esperanza

una disposición del corazón a caminar con otros.

¿El problema es que no tenemos vocaciones o que lo que representamos no puede ser vivido por jóvenes de nuestro tiempo?

La llamada es a escuchar para ser mejores testigos, a salir de nuestras zonas de confort y parálisis, a conocer y habitar los ecosistemas relacionales de los jóvenes.

Tengo la sensación de que a veces no escuchamos lo suficiente a los jóvenes, vamos por la vida con nuestros monólogos y nuestros relatos institucionales, sin hacerle espacio suficiente al eco de una voz que puede movilizarnos, transformarnos, revestirnos de nuevas posibilidades. Tal vez, y como dice la canción de Silvio Rodríguez: “El problema no es repetir el ayer, como fórmula para salvarse... El

problema señor, sigue siendo sembrar amor”.

¿Cómo explicar a la vida consagrada que el valor de la vida comunitaria es indudable, pero algunas formas están acabadas?

La clave será discernir, buscar sinceramente aquello que responde al querer de Dios. Ojalá lleguen a su fin, los modos relacionales teñidos de suficiencia y poder; los que anulan la diversidad y tienden a controlarlo todo, sin darle lugar a la creatividad que produce la acción del Espíritu en las distintas personas; ojalá terminen aquellos que generan dinámicas de manipulación y contraprestaciones, los que reproducen formas, sin generar preguntas; los que opacan la verdad y no dan lugar a lo auténtico, a lo natural, o lo más verdadero de lo que Dios hace en cada persona. Creo que a lo que estamos avocados es a convertir el corazón, a preguntarnos con más frecuencia por lo que le agrada a Dios. Solo dejar resonar un poco el Evangelio y sabremos distinguir lo que es obsoleto de aquello en lo que se encuentra la fuente de la vida.

¿Estamos facilitando el tránsito hacia una nueva

vida consagrada? ¿Dónde están las mayores resistencias?

Prefiero no generalizar, creo que se van dando pasos significativos y que hay muchas semillas de esperanza. Yo creo en lo germinal y veo muchos signos de vida nueva, sobre todo, cuando acompaño la vida religiosa que habita en las periferias, me sorprende ver lo que genera el Espíritu... es la fecundidad de la vida: las redes en defensa de la vida, las alianzas intercongregacionales, las apuestas por alianzas que ensanchan el corazón de la vida religiosa...

Las resistencias pasan por el miedo al cambio. No se percibe bien el hacia dónde, entonces se teme al caos. Nos resistimos a perder seguridades, a dejar las zonas de confort, lo aprendido.

Una cuestión tremendamente delicada es el abuso... ¿Cree Liliana Franco que los consagrados somos conscientes de que algunas estructuras y estilos propician el abuso de poder y conciencia? ¿Estamos actuando eficazmente para erradicar todo abuso?

Vamos creciendo en conciencia. ¿Cómo no hacerlo

ante la evidencia de los hechos? En los últimos años se ha conocido de abusos sistemáticos. Ante las denuncias, en muchos casos se respondió encubriendo la

Es un derecho, no un favor, el lugar de la mujer en la Iglesia

verdad, desviando la atención de las personas y revictimizando a las víctimas. Las heridas que esta situación ha causado al Pueblo de Dios hacen brillar con mayor fuerza la valentía evangélica de quienes se atreven a denunciar y a cuestionar estructuras y políticas que atentan contra la ética cristiana. Estamos ante la necesidad de reconocer y visibilizar el sufrimiento de las víctimas de diversos abusos eclesiales—de conciencia, de poder y sexuales—, escuchar sus voces, reparar y superar cualquier forma de encubrimiento.

Estamos en tiempos de sinodalidad. Dos cuestiones inquietantes: ¿Estamos entendiendo los consagrados la necesidad de convertirnos de la tentación del clericalismo? ¿Ve signos reales de una nueva ubicación y aceptación

ción de la mujer en la Iglesia?

Superar el clericalismo, requiere purificar los modos relacionales y optar por la necesaria conversión pastoral. Con relación a la misión de las mujeres en la Iglesia el papa Francisco dijo en el número 104 de *Evangelii Gaudium*: “Las reivindicaciones de los legítimos derechos de las mujeres, a partir de la firme convicción de que varón y mujer tienen la misma dignidad, plantean a la Iglesia profundas preguntas que la desafían y que no se pueden eludir superficialmente”.

Estoy convencida de que la Iglesia tiene rostro femenino: nuestras Asambleas, los grupos parroquiales, las celebraciones litúrgicas, los ministerios apostólicos de nuestras comunidades, la calidad de la reflexión y la calidez de la entrega de nuestra Iglesia, en el vientre de las mujeres, sin embargo, el clamor es porque no aplacemos más, lo inaplazable. Es un derecho y no un favor que las mujeres puedan participar más plenamente en la vida y el liderazgo de la Iglesia. El camino sinodal y la nueva forma de ser Iglesia, implica una necesaria vuelta a las fuentes y recuperar el espacio

dado por Jesús a las mujeres, a las minorías, a los pequeños. Ensachar la mesa hasta que todos tengamos un lugar.

Y una conclusión: Lo que más esperanza provoca en la vida de Liliana del momento actual es...

La certeza de que la nuestra es Historia de Salvación y nuestro Dios se abre paso

aún en medio de nuestras inercias y cerrazones. La consciencia cotidiana de la acción de Dios me reviste de esperanza.

Y lo comunitario... todo lo que evidencia que es posible salir de nosotros mismos, hacer camino con otros, escucharnos, discernir, soñar juntos el más de la vida en misión, acogernos en nues-

tras diferencias... eso me seduce, me motiva.

Mi esperanza crece y se hace más osada, en el contacto con tantos religiosos y religiosas, que en las parcelas del Reino, donde hay más desafíos, pobreza y dificultad, dan la vida, con gozo y sin mediocridades, sin auto-referencialidades y con radicalidad profética. **VR**





Personas bellas

Cristina Inogés Sanz

LAICA. TEÓLOGA. COMISIÓN METODOLÓGICA DEL SÍNODO DE OBISPOS

Las personas más bellas con quien me encontré son aquellas que conocían la derrota, el sufrimiento, la pérdida, y encontraban la forma para salir de los abismos. Esas personas tienen una apreciación, una sensibilidad, y una comprensión de la vida que las llena de compasión, de humildad y de una profunda inquietud amorosa. Las personas bellas no surgen de la nada. Esta cita es de Elisabeth Kübler-Ross, una psiquiatra suizo-estadounidense, experta en la muerte, personas moribundas, y cuidados paliativos.

Sabernos y pasar por la experiencia de la vulnerabilidad nos permite madurar, crecer, desarrollar la empatía si no la tenemos, o acrecentarla si hemos nacido con ella. La vulnerabilidad no nos embrutece, al contrario, nos llena

de una sensibilidad especial porque nos lleva a entender mejor la vida, la propia y la de los otros.

La misma fe es una experiencia de vulnerabilidad porque es la capacidad para vivir con algunas certezas —mayormente indemostrables—, y muchas dudas. Sin embargo, en ayuda de nuestra vulnerable fe llega la esperanza que nos recuerda que hay un horizonte, que todo no depende de nosotros, y que el propio Dios es vulnerable.

Estamos todavía en tiempo pascual y, al final de este mes, viviremos Pentecostés. Los cristianos solemos vivir las grandes fiestas de una manera muy contenida, como si las muestras de alegría fueran algo no bien visto. Ser vulnerables y alegres no está reñido. Sabernos barro no es una desgracia; sentirnos barro acariciado por Dios es

una gran alegría. En la debilidad del barro, en su vulnerabilidad, experimentamos la caricia de Dios que no nos abandona y, ¡es para estar alegres!

Eso es lo que nos permite, aunque en el proceso no lo percibamos, transformarnos en personas bellas. Al vivir la vulnerabilidad todos estamos necesitados de cuidados paliativos, que no es algo solo propio del final de la vida, sino que lo es de la propia vida porque, cada paso que damos en ella, en la vida, suele llevar un proceso pascual a cuestas y, por tanto, los cuidados paliativos tienen que estar presentes como ternura, cercanía, disponibilidad. Las personas bellas no utilizan cosméticos. Se nutren de vulnerabilidad, se hidratan de alegría y refuerzan el tratamiento con esperanza. ¡Alegría!



En sinodalidad intergeneracional: Comunidades

La vida comunitaria intergeneracional nos habla más bien de la “familia extendida”, donde conviven diversas generaciones y se vitalizan mutuamente.

José Cristo Rey García Paredes, cmf
Consejo de dirección de VR

INTRODUCCIÓN

Dividiré esta reflexión en tres partes:

- Las actuales generaciones en la vida consagrada.
- ¿Qué hacer con la propia vida cuando se dispone de más tiempo?
- Crear comunidades de encuentro y convivencia intergeneracional.

LAS ACTUALES GENERACIONES EN LA VIDA CONSAGRADA

Apuntemos, en primer lugar, a las características actuales de las diversas generaciones en la vida consagrada: la generación joven, la generación intermedia, la generación de la tercera y cuarta edad y la longevidad requiere un nuevo diseño social.

LA GENERACIÓN JOVEN

La vida consagrada necesita hoy una generación joven porque así resurgirá con un nuevo empuje y creatividad. No será el número lo que nos salve. Necesitamos personas jóvenes de espiritualidad contagiosa, preparada para la evangelización de nuestra sociedad, marcada por nuestros carismas colectivos. Si hoy existe una juventud sorprendente en el ámbito deportivo, artístico como científico, ¿por qué no en la vida consagrada?

De seguro que el Espíritu Santo nos concede los regalos de una nueva juventud. Pero, como Jesús, necesitamos ir a buscarla, y no esperar solo que venga.

El ideal educativo y formativo para esta generación joven lo encontramos en los cuatro Evangelios: así formaba Jesús a sus discípulos, exigiéndoles el máximo de visión y de conversión. Si hoy los mejores deportistas se someten a serios entrenamientos, a curas de humildad, sacrificios, docilidad a sus entrenadores, ¿por qué

no pedir lo mismo a nuestros jóvenes en formación? Si hoy los jóvenes investigadores, los apasionados por la ciencia, o los jóvenes artistas, apasionados por la belleza se someten a una ascética rigurosa, que les exige renunciaciones y concentrarse en lo –para ellos– “único necesario”, ¿por qué no esperar lo mismo de nuestros jóvenes religiosos?

LA GENERACIÓN INTERMEDIA

La generación intermedia en la vida consagrada es generosa, y probablemente se siente abrumada por el peso institucional y comunitario con el que ha de cargar. Es la generación de “los cargos” y “las cargas”.

A esta generación le está correspondiendo gestionar la escasez, el cambio y promover la re-animación que el cambio de época y paradigmas requiere; ella debe asumir las responsabilidades de gobierno, de misión, de formación, de economía.

Hay institutos que –llevados por la desconfianza– optan por mantener casi hasta el final a personas que ejercieron sus responsabilidades con prestigio, pero ahora apenas tienen capacidad para afrontar un futuro para ellas inédito.

Es una generación que ha superado la impresionante crisis religiosa y eclesial de estos últimos tiempos, aunque también puede dejar su rastro en ella la acedia y un cierto “ateísmo interior”, favorecido por tanta actividad que parece inevitable, o la idolatría de la acción, del éxito.

Necesitamos una generación confesante, profundamente creyente, orante. No basta con preparar celebraciones bellas, carteles, danzas, imágenes del mundo y del planeta... Porque se puede estar alimentando con ello el “ateísmo interior”, la “idolatría del poder, o del tener o del sexo”. Se necesita la otra conexión: con el *Ábba*, con Jesús con-

temporáneo, con la Santa *Ruah*. ¡Desde ahí sí es posible y necesaria la conexión con las demás realidades!

LA GENERACIÓN DE LA TERCERA Y CUARTA EDAD

La tercera y cuarta edad en la vida consagrada se sienten frecuentemente perdidas ante la sociedad política, laica, secularizada, progresista. Surgen nuevas visiones del mundo, se impone una “nueva conciencia”, paradigmas alternativos, nuevas tecnologías... A esta generación le resulta difícil ubicarse en este nuevo contexto.

El ser humano es un mamífero longevo. Y esa longevidad reviste peculiares características en nuestro tiempo. Mientras que a principio del siglo XX se entraba en la ancianidad a los 50 años, hoy se entra a los

80. En nuestro tiempo hay menos nacimientos y la vida se prolonga más.

Cada generación vive entre 6 y 9 años más que la anterior. Los niños nacidos hoy en los países desarrollados tendrán más del 50% de posibilidades de llegar a centenarios. Nos dicen algunas estadísticas que hay más indi-

viduos de 65 años que menores de 5 años y que el número de mayores de 80 años seguirá en aumento: la vida humana se prolonga.

Lo peor de la longevidad es que –según la normativa social vigente las personas a partir de los 65 o 70 años quedan excluidas del mundo del trabajo –o jubiladas–. El 2050 debería haber a escala global dos veces más de personas ancianas que de niños. Hace 15 años se publicó un libro en colaboración editado por François de Closets y Joël de Rosnay, titulado *Una*

Las generaciones deben entrelazarse con lazos de amistad e interés





*vida extra: la longevidad: un privilegio individual, una bomba colectiva*¹.

Y se preguntaban: ¿cómo actuar ante la presencia en la sociedad de un creciente número de personas mayores con derecho a la ociosidad?

La longevidad ha permitido a muchos seres humanos vencer las dificultades, dar cumplimiento y perfección a sus sueños. Pero la longevidad modifica profundamente nuestras relaciones: hace cohabitar a diversas humanidades diacrónicas sobre la tierra, con referencias y memorias diferentes.

LA LONGEVIDAD REQUIERE UN NUEVO DISEÑO SOCIAL

Hace apenas cinco años, en 2017, el primer ministro japonés creó el “Consejo para diseñar una sociedad para una vida centenaria”. Su intencionalidad era doble: 1) generar el diálogo entre los principales interesados en la cuestión de la vida centenaria: ministros, sindicatos, educadores; y 2) concienciar a los ciudadanos sobre cómo

invertir en un futuro más largo, sobre todo, desde el punto de vista de la economía.

Objetivo de la longevidad no es únicamente la prolongación de la vida, sino —sobre todo— la calidad de vida. Los longevos que siguen sanos, trabajan y sonríen, conquistan el mundo. En torno a cada anciano hay no pocas ocasiones de trabajo y de ocupación, que el anciano debe prever; debe estar abierto a lo nuevo. La previsión y la providencia están unidas. Estar abiertos a lo nuevo es rejuvenecer.

En este diseño social el trabajo es distribuido entre todos: a los jóvenes hasta los 40 años les corresponde la parte activa; a los maduros hasta los 75, la parte directiva; a los ancianos la enseñanza, el control, la vigilancia y la complementariedad. Su trabajo será breve en el horario y concentrado en la eficacia.

La longevidad es un tema que nos afecta a todos. Nos invita a reflexionar, por lo tanto, sobre todas las edades y cómo ellas mismas se ven afectadas por la longevidad. Las generaciones deben entrelazarse de modo inter-

minable con lazos de amistad, interés, conversación.

Los longevos que siguen sanos, trabajan y sonríen, conquistan el mundo. En torno a cada anciano hay no pocas ocasiones de trabajo y de ocupación. Deben ser previsores. El longevo debe estar abierto a lo nuevo, que es después providencial. La previsión y la providencia están unidas. Estar abiertos a lo nuevo es rejuvenecer.

¿QUÉ HACER CON LA PROPIA VIDA CUANDO SE DISPONE DE MÁS TIEMPO?

LA VIDA HUMANA CON DIVERSOS INICIOS

En todas sus fases, la vida humana se nos presenta con la característica de la “maleabilidad”. O dicho en términos sencillos: maleable es aquello a lo cual se le puede dar otra forma sin romperlo. Aplicado este término a la vida humana, significa que puede recibir diversas formas a lo largo de su existencia sin perder su identidad.

En la existencia de cada uno de nosotros hay varias vidas posibles. A los 50 años el ser humano se topa con una puerta giratoria que le da acceso a una “nueva vida”: sale por una puerta y entra por otra. Se muestra así que ninguna edad se reivindica como el hogar permanente. Los seres humanos podemos “vivir diversos tiempos”, disponer de varias vidas. Nuestra existencia no es sin más una flecha que se lanza en el nacimiento y acaba en la muerte, sino una “duración melódica” (Bergson) con variaciones y modalidades. Por eso, llega el momento de los “otros inicios”. Vivir no es quedarse en el mismo sitio. Nuestro centro de gravedad está fuera de nosotros.

A los 50 años uno piensa si seguir siendo el que es, o re-inventarse. Ese es “el primer día del resto de su vida”. Después de los 50,

ya la vida tiene prisa (es la *vita brevis*) y ofrece la oportunidad de ser gozada de verdad y no sometida a más desgastes. Éste es el momento de los divorcios, de los nuevos casamientos, del abandono de la vida consagrada o ministerial y el inicio de otra forma de vida.

“LO QUE HE ESPERADO, ESO ME OCURRE”: LA DINÁMICA DEL DESEO

Job decía “aquello que he temido me ocurre”, pero también pudo decir lo contrario: “lo que he esperado me ocurre”.

El ser humano es una creación de deseo y no una creación de necesidades (Gaston Bachelard).

Solo hay una forma de retrasar el envejecimiento: permaneciendo en la dinámica del deseo. En la voluntad de aprender, en explorar caminos inexplorados todavía. El papa Francisco en su homilía de la Epifanía (6 enero 2022) se lamentaba de la crisis de la fe, que relacionaba con la desaparición del deseo e invitaba a entrar en la dinámica del deseo con este texto:

«La crisis de la fe, en nuestra vida y en nuestras sociedades, también tiene relación con la desaparición del deseo de Dios. Tiene relación con la somnolencia del alma, con la costumbre de contentarnos con vivir al día, sin interrogarnos sobre lo que Dios quiere de nosotros. Nos hemos replegado demasiado en nuestros mapas de la tierra y nos hemos olvidado de levantar la mirada hacia el Cielo; estamos saciados de tantas cosas, pero carecemos de la nostalgia por lo que nos hace falta... Porque la falta de deseo lleva a la tristeza y a la indiferencia. Comunidades tristes, sacerdotes tristes, obispos tristes».

El secreto de la vejez radica en cultivar todas las capacidades hasta bien avanzada la vida; en no abandonar ninguna curiosidad,

en lanzarse a retos imposibles, en continuar hasta el último día amando, trabajando, viajando y permanecer abierto al mundo y a los demás. Debemos envejecer en paz, pero no resignados.

La tercera edad es, debe ser, la edad filosófica, la edad del espíritu por excelencia. Es la edad en la que uno se plantea como el filósofo Kant: “¿Qué puedo esperar... saber... creer? La ancianidad es la última edad de la educación y no un aparcadero.

El sociólogo estadounidense David Riesman también señaló este fenómeno:

«Algunos individuos llevan en su interior las fuentes de su propia renovación; el envejecimiento aumenta su sabiduría sin privarlos de su espontaneidad o su capacidad de disfrutar de la vida [...]. Mientras sus cuerpos no se conviertan en enemigos activos, estos hombres son inmortales debido a su capacidad de renovarse a sí mismos».

CREAR COMUNIDADES DE ENCUENTRO Y FORMACIÓN INTERGENERACIONAL

DESDE EL PLURALISMO GENERACIONAL HACIA LA INTERGENERACIONALIDAD

La longevidad posibilita que se puedan encontrar en el mismo espacio diversas generaciones. Eso puede suceder en nuestras comunidades, aunque lo más frecuente sea que vivimos yuxtapuestos, sin encontramos de verdad.

El lenguaje de la intergeneracionalidad no es solo un cambio lingüístico, sino un deseo de cambio en nuestra humanidad. Este cambio lingüístico se debe al reconocimiento de la necesidad de inclusión y la condena de la exclusión.

La intergeneracionalidad lucha contra la fragmentación existente entre unas generaciones y otras: la infancia, la juventud, la edad

adulta, la generación anciana. La vida longeva puede hacer todavía más amplia la brecha que divide a las diversas generaciones.

Nuestras comunidades religiosas en Europa, en Estados Unidos, Canadá y cada vez más en los países sudamericanos, cuentan con la presencia mayoritaria de la generación anciana; con otra generación no tan numerosa de edad media y generación joven que es minoritaria.

Para lograrlo necesitamos una teología, una antropología y una pastoral de la comunidad que sea auténticamente intergeneracional. Estamos en el momento de poder crear una auténtica “sinodalidad intergeneracional”.

COMO LA AMENAZA DEL “CAMBIO CLIMÁTICO”

Las comunidades de fe se están volviendo cada vez más monogeneracionales. Así la comunidad de fe se fragmenta cada vez más. Y, por ello perdemos la rica identidad que Dios nos ofrece a través de las comunidades de fe.

Nos está sucediendo algo parecido al “cambio climático”. ¿Estaremos llegando a un punto de no-retorno? Necesitamos una cumbre sobre este cambio climático que se está produciendo en la vida consagrada, cada vez más como un país de viejos, separados de una decreciente edad media y una escasa edad juvenil².

Este peculiar cambio climático necesita una cumbre de proporciones internacionales, para no llegar a un punto de no-retorno. Nuestras comunidades religiosas necesitan que nos animemos y demos pasos valientes para “aprender y crecer juntos, rezar y jugar juntos, liderar y cambiar juntos”. Estamos en un momento crucial: o hacerlo o morir.

Todos estamos necesitados de educación para una inédita intergeneracionalidad, para

la comunión en un mundo en el que las diferencias generacionales son cada vez mayores. Es necesario involucrar a todas las generaciones en nuevas formas de comunión. Y para que esto sea posible debemos explorar nuevas formas de ministerio intergeneracional, preparado para afrontar y resolver el desafío.

¿“FRANJAS DE EDADES” O “INTERGENERACIONALIDAD”?

En los últimos años se optó por resolver la cuestión recurriendo a las famosas reuniones formativas por “franjas de edades”. Pero esa iniciativa no resolvió el problema. Probablemente lo agravó, porque unas generaciones no llegaban a tener conocimiento de lo que en cada franja de edad se trataba.

Una consecuencia de ello fue que, a la hora de plantear días de espiritualidad, retiros o ejercicios espirituales, las generaciones se separaban y las repercusiones comunitarias eran cada vez más serias.

Se pensaba cándidamente que salvando a cada generación se salvarían todos. Pero de hecho no ha sido así. La brecha intergeneracional va siendo cada vez mayor. Esto no obsta, para que las relaciones mutuas—de unas generaciones con otras—se mantengan en la línea de la cortesía y la educación, pero ¡nada más!

La intergeneracionalidad hace referencia, en cambio, a la relación y la cooperación entre diferentes generaciones, en el ámbito social, económico y cultural, religioso; es un concepto que busca superar diferencias y barreras generacionales, fomentando la colaboración, la justicia y el diálogo entre personas de diferentes edades y experiencias.

EL “MINISTERIO INTERGENERACIONAL”

Para crear puentes intergeneracionales se hace necesario un ministerio intergeneracional que nos potencie a todos como testigos vibrantes del Reino de Dios y nos lleve a “aprender y crecer juntos”, a “orar y jugar juntos” y a “liderar y cambiar juntos”.

Un ministerio intergeneracional beneficiará a las congregaciones ya comprometidas con ese enfoque y ayudará a quien todavía no lo tienen. Necesitamos una pastoral de conjunto para todas las edades. Todos hemos de salir a la pista del baile intergeneracional y danzar conjuntamente: una pista única para todas las edades y aprender unos de otros.

El ministerio intergeneracional está todavía en su infancia como disciplina. Hemos de reunir ideas bíblicas, teológicas, teóricas y prácticas para que las consideremos y experimentemos. Estas ideas serán, sin duda, un importante catalizador para un mayor aprendizaje y desarrollo en el diálogo en torno a la intergeneracionalidad.

Necesitamos imaginación para convertirnos todos en cuerpo de Cristo, pero en crecimiento constante. El ministerio intergeneracional se diseña a partir de la interdependencia entre generaciones. Por ahí nos lleva ahora el movimiento transformador del Espíritu.

La brecha intergeneracional va siendo cada vez mayor

INTERGENERACIONALIDAD EN LA FORMACIÓN CONTÍNUA

La formación continua difumina la distinción entre alumnos y antiguos alumnos. Las instituciones educativas son muy segregadoras por edades. La mezcla de generaciones es muy positiva para todos. Por eso, es necesario crear un sistema educativo

inclusivo. La oportunidad de aprender durante toda la vida debe estar al alcance de todos.

Crear un sistema educativo inclusivo e intergeneracional debe ser una de las prioridades de la vida consagrada.

CONCLUSIÓN

La vida comunitaria intergeneracional puede ser hoy una alternativa al modelo familiar nuclear. La vida comunitaria intergeneracional nos habla más bien de la “familia extendida”, donde conviven diversas generaciones y se vitalizan mutuamente.

La comunidad de las personas consagradas emerge así como una “pequeña iglesia” (*ecclesiola*, la llamaba san Benito) de todas las edades. Había un principio sacramental en el medioevo que decía *tota aetas conce-*

lebrat es decir, toda edad concelebra. La comunidad con características intergeneracionales emerge como una concelebración de las diversas edades. Quizá sea éste uno de los signos más elocuentes que la vida consagrada puede ofrecer en este tiempo.

Pero para llegar a este punto, necesitamos como Jesús, salir y convocar a aquellos jóvenes a quienes el Espíritu llama hoy a la vida consagrada. Basta hacerles respirar el aroma del Espíritu de Jesús, que les dice, ¡sígueme! 

1 FRANÇOIS DE CLOSETS y JOËL DE ROSNAY y otros, *Una vida extra: la longevidad: un privilegio individual, una bomba colectiva*, Editorial Anagrama, 2006.

2 Cf. CORY SEIBEL, *Engage All Generations: A Strategic Toolkit for Creating Intergenerational Faith Communities*, ACU Press, 1 de junio de 2021.

Tandas EE. de 8 días – Año 2023
Casa de Oración Ntra. Sra. de la Anunciación
Arturo Soria, 228, 28033 Madrid
anunciacioncde@hotmail.com – Tf. 913597861

En esta casa de espiritualidad, te hemos preparado el mejor lugar para que puedas vivir una experiencia profunda de silencio, oración y encuentro. Te esperamos.

3-12 mayo.- Xavier Quintana, sj.

30 mayo – 8 junio.- Elisa Estévez, it.

9-18 junio.- Jesús Rodríguez, pbro.

1-10 julio.- Pablo Alonso, sj.

12-21 julio.- Luis Romero, pbro.

22-31 julio.- Elías Royón, sj.

12-21 agosto.- Miguel Ángel Arribas, pbro.

22-31 agosto.- M^a Luisa Berzosa, fi.

12-21 septiembre.- Susana López-Barrajón Castillo, ecr.

2-11 octubre.- José M^a Fernández Martos, sj.

11-20 diciembre.- José Carlos Coupeau, sj.



Anna Sánchez Boira

MIS. HIJA DE LA SGDA. FAMILIA DE NAZARET. ENDE (INDONESIA)

Conversaciones espirituales

Después de esos días que la vida religiosa nos regala en silencio sereno y pacificado, para *"hablar de amistad con quien sabemos que nos ama"*, como dice santa Teresa, recuperamos la rutina con una vitalidad espiritual renovada que, sin embargo, apenas comentamos con nadie: ¿por qué nos cuesta tanto compartir nuestra vida espiritual en nuestra cotidianidad comunitaria?

La conversación espiritual requiere silencio y escucha; apertura, respeto y admiración hacia el otro. Hablar, hablamos: nos reunimos para programar, organizar y reflexionar sobre la misión. Y aunque es muy necesario y hay que hacerlo, como mujeres y hombres del Espíritu estamos llamados a algo más.

Hablar de nuestra relación con Dios, de nuestra conversación sobre las cosas del Espíritu, todavía suele resultar difícil hacerlo en comunidad. Por una parte, la for-

mación se ha centrado más en el acompañamiento espiritual al que quedarían reservadas estas conversaciones; y, por otra parte, ¿cómo crear un espacio y tiempo adecuados en lo cotidiano para expresar nuestra relación con Dios? Evidentemente, resulta más fácil hablar de las actividades, encuentros o proyectos en marcha.

La conversación desde el alma habitada por Dios, nos compromete personal y comunitariamente: es a la comunidad convocada y a cada uno de sus miembros a quienes el Espíritu inspira. Dios está en medio nuestro, ¿por qué no gustar juntos de nuestras luces y sombras con el Señor?

Compartir gracias recibidas, dudas y silencios, dificultades... conlleva un proceso de aprendizaje y entrenamiento que la comunidad debería favorecer, incluso en medio del ruido, de la actividad y de la palabra sin pausa. ¿Cómo conozco a mis hermanas y hermanos de comunidad, y

viceversa? Seguro que por sus cualidades, temperamento, gustos... Ahora invito y animo a dar un paso más: conocer a mi hermana o hermano y dejarme conocer desde el corazón habitado por Dios: santos y santas modelos de vida, oraciones y devociones, textos del Evangelio o Salmos..., la oración de agradecimiento y súplica... La comunidad tiene que cultivar la relación con Dios propia de la vida consagrada sobre la cual crear vínculos fuertes entre sus miembros, vínculos que no se pueden dar por sentados por compartir casa o misión. El Espíritu habita en nosotros, dejemos que inspire nuestra fe, que se exprese, que hable y revele a través nuestro. Pidámosle que inspire el don de la conversación espiritual en nuestras comunidades. Busquemos los espacios para fortalecer nuestra fraternidad y sororidad espiritual, para acompañarnos y admirarnos, para consolarnos y ayudarnos...

Jesús en camino con los suyos gozó de muchos tiempos de conversación íntima; los apóstoles no siempre entendieron las palabras o gestos del Maestro; pero sí intuyeron su profunda vida interior, su estrecha relación con el Padre, al que llamaba *Ábba* y a quienes enseñó —y nos sigue enseñando— su oración.



Dolores Aleixandre

SGDO. CORAZÓN DE JESÚS

Qué escondemos

El título podría referirse a nuestra tendencia a esconder episodios del propio pasado congregacional que nos fastidia aceptar, algún “cadáver bajo la alfombra” que hoy nos resulta “religiosamente incorrecto”. Nosotras, por ej., mantuvimos hasta 1964 la separación entre madres de coro y hermanas coadjutoras— algo increíble, ¿verdad?— más tiempo de lo razonable y sensato, posiblemente agarradas a ese principio nefasto y paralizante del “siempre se ha hecho así”. Y eso a pesar de que nuestra fundadora, Sofía Barat, había dicho hacía más de 200 años: “Los tiempos cambian y nosotras debemos cambiar con ellos”. Pero a lo que quiero referirme ahora es a un esconder positivo que aparece en Mt 13: el hombre que encontró el tesoro, “lo volvió a esconder”, seguramente para impedir que otro se lo llevara. Este gesto de precaución vigilante para no perder lo valioso se

parece mucho al de las cinco muchachas sensatas de la parábola: no quisieron entretenerse repartiendo su aceite con las otras porque el Novio estaba cerca y no podían arriesgarse a que pasara de largo.

Ese tesoro, ese aceite, representan aquello que da a nuestra vida peso y gravitación, lo que consideramos único e intransferible, lo que no está “en juego” y que tampoco es comunicable: porque podemos trasfundir sangre a otros, o dar uno de nuestros riñones, o parte de nuestra médula, pero nuestro corazón no podemos darlo “físicamente” porque es nuestro núcleo vital, nuestra condición de posibilidad para continuar amando y entregando vida. O sea que precisamente aquello que “no está en juego” es lo que nos permite “seguir jugándonos la vida”.

Después de dar nombre a nuestro tesoro, podemos preguntarnos cómo lo escondemos—cuidamos, defende-

mos, protegemos...— y qué recursos empleamos para no perderlo, para que no se apague en nuestros ojos la alegría de haberlo encontrado. Y ahí no son suficientes ni la buena intención ni los deseos: hay que acompañarlos con medios concretos que los conviertan en verdaderos y efectivos. No basta con repetir “he encontrado un tesoro”: hay que ser creativos, audaces y perseverantes a la hora de poner medios para guardarlo y dispuestos a pagar precios para ello.

Dice una copla popular: “Dices que no la quieres ni vas a verla, pero la veredita no cría hierba...”. El deseo de estar con quien amamos, pone en marcha nuestros pies para recorrer esas “vereditas” con calor o frío, de madrugada o en horas tardías, animosos o cansados. Porque si la hierba llegara a crecer en ese camino, sería un signo de nuestro desamor, tibieza o descuido.

“No es pequeño negocio ser amigos de Jesucristo y solo el padecer declara quién es amigo fingido o verdadero”, decía san Juan de Ávila. No es pequeño el tesoro que hemos encontrado... Ojalá sepamos guardarlo con la previsión astuta de quien negocia y la determinación apasionada de quien ama.

RETIRO MENSUAL



5 DISCÍPULOS
EN COMUNIDAD (II)

MIGUEL TOMBILLA, CMF

DISCÍPULOS EN COMUNIDAD (II)

“...Y desde aquel momento el discípulo la acogió como suya” (Jn 19,27).

A veces nos quedamos en la perspectiva institucional de las comunidades considerándolas como meros apéndices de un todo mayor que es el instituto, la congregación o el movimiento del que forman parte.

Pero lo primero que tenemos que tener en cuenta es que la comunidad la forman las personas, con su pasado y sus sueños.

Hay comunidades más homogéneas que otras en cuanto a edades, procedencias culturales, estados de vida cristianos que la conforman, diferentes confesiones o religiones en su seno... Hay comunidades de vida o de base o de alianza. Hay comunidades que pertenecen a instituciones con muchos siglos de edad u otras que acaban de nacer.

Dentro de esta gran pluralidad, que siempre es riqueza, existen unos elementos comunes:

Saber vivir la soledad

Parece un contrasentido, pero para vivir en comunidad hay que tener la capacidad de saber asumir la soledad, la propia y la de los demás. Decía Madeleine Delbrêl:

“Hace falta saber estar solo para hacer una comunidad. Es como un bosque que es hermoso si cada árbol que lo forma es fuerte y tiene las raíces bien hendidas: estas raíces

son solitarias. ¿Dios mío, si estás en todo, cómo sucede que yo me siento a menudo fuera?”¹.

No es la soledad del egoísmo que persigue la comodidad o la tranquilidad, es la búsqueda de la profundidad de las raíces, o de la evangélica casa edificada sobre la roca. Una soledad necesaria, vital, para poder hacer del encuentro con los otros un verdadero lugar de autenticidad y no una mera versión superficial de actos cotidianos y obligados.

Una soledad no solo de oración intimista sino también de encuentro con todos los grandes silencios de la humanidad. Silencios de víctimas o de verdugos, silencios de tantos ruidos de la sociedad actual que, a veces, nos quieren decir tantas cosas que no acabamos de entender. Soledad silenciosa que engendra encuentro, alteridad, descubrimiento del rostro del otro. Silencio de escucha de uno mismo, de los demás y de Dios, no siempre en este orden, pero siempre unidos.

Una soledad silenciosa que nos asusta porque nos lleva a encontrarnos con nuestra propia verdad y a descubrir, no pocas veces, que nuestra vida está construida y habitada por objetos o por palabras huecas. Como dice K. Jaspers: “Los seres humanos que no conocen la comunión en el silencio no son capaces de una verdadera comunión”².

En la tradición cristiana este silencio se marcó para revelar el misterio, misterio de comunión de una Palabra abierta al diálogo con y para los otros: silencio de Belén, de Sábado Santo de sepulcro o de Resurrección, todos ellos con muy pocos testigos que supieron estar atentos a las señales frágiles que recubrían el misterio.

Terminamos este apartado con un texto de G. Cabra en su LX aniversario de ordenación:

“Un día como tantos otros, pero marcado por recuerdos imborrables: ¿cómo puede olvidarse a los compañeros y el día de la ordenación sacerdotal? En el pasado, eran muchos los que lo recordaban contigo. Cuando estás en plena actividad, es fácil que se acuerden de ti y que te hagan una fiesta. Cuando estás en la plenitud de las fuerzas o desempeñas cargos de responsabilidad, es normal que esta fecha no pase inadvertida. Pero, conforme te retiras de la escena pública, acaban quedándose tus seres más queridos para recordar contigo este momento, tus amigos más sensibles y más agradecidos, que dan gracias contigo al Señor por el don recibido. Aumenta el silencio entorno a ti, y tú no debes asustarte. En el silencio, de hecho, has tomado tus decisiones más importantes. En el silencio hiciste crecer en ti la palabra que anunciarías con voz nueva a los demás. En el silencio combatiste tus mejores batallas para mantenerte fiel a tu misión. En el silencio oraste por tu gente y suplicaste para entenderla. A veces, has huido del silencio, porque te parecía pesado y árido. Ha llegado el tiempo de entrar en las profundidades del silencio para experimentar lo poblado que está. Tal vez celebrarás cada vez más la misa en el silencio o con pocas personas (...). El silencio que te rodea está lleno de esta galaxia de santos y de amigos celestiales que llenan tu tiempo, para que tú puedas recordar; a quienes están cerca de ti, que hemos nacido para alabar a aquel que nos lo ha dado todo. Se te ha dado tu silencio para que puedas saborear lo eterno e introducirlo en el tiempo, para que aquellos que trabajan en el tiempo no malgasten todo, olvidando lo que está destinado a permanecer. Bienvenido seas, silencio, tan habitado de futuro, tan purificado de las ilusiones, tan serenado por tantos ami-

gos que te esperan. Gracias, silencio, porque sobre todo me permites hablar más familiarmente con tu Señor y porque, gracias a ti, puedo recordar con alegría este día. Señor, hazme conocer las riquezas del silencio con el que me rodeas, y no cesaré de estarte agradecido”³.

Un cierto realismo utópico

Parece que las dos palabras realismo y utopía no pueden formar parte de la misma frase, diríamos que fuesen excluyentes. Pero es cierto que la utopía tiene que tener cierto grado de realismo para no caer en la frustración o en el cansancio de una búsqueda infructuosa.

Realismo, por otro lado, que también es evangélico pero que no quiere decir mero cálculo o políticas de tipo empresarial. La comunidad es mucho más que un planteamiento de fines y objetivos trazados a corto o medio plazo. Es un lugar de vida y la vida no puede quedar encerrada en los cortos esquemas de viabilidad o de rendimiento objetivo. Está más relacionada con la generosidad del amor y con las medidas rebosantes y colmadas de las que nos habla Jesús. Un Reino desproporcionado y lleno de pérdidas no calculadas como la del sem-

En silencio hiciste crecer en ti la Palabra que anunciarías

brador que no mide si la semilla cae entre zarzas o en tierra poco profunda o en suelo bueno.

Abismo de generosidad y de pérdida no justificada que supone una apertura no uti-

litarista y alejada del mero beneficio del dar para que me des.

No hace falta perder el tiempo corriendo detrás de la comunidad perfecta. Es más, vivimos en medio de la realidad de trigo y cizaña personal, comunitaria e institucional. El egoísmo, la omisión o la competición for-

El perdón es abrirse a ese abrazo del Padre que todos los días nos espera

man parte de nuestras vidas, por ello el perdón también tiene que estar presente.

En esta clave de perdón es en la que nos debemos situar para unir realismo con utopía. Sabernos, en primer lugar, no solo pecadores (eso es una evidencia), sino perdonados por Dios en nuestro propio perdón a los demás (algo que pedimos siempre en el Padre Nuestro cotidiano). Es un error partir del pecado para la comprensión personal y comunitaria.

Si algo es fiesta y acogida es el perdón. El pecado es un paso previo en el que no nos podemos quedar. Es el primer movimiento de conversión: reconocer la necesidad de que otro me perdone, que yo no me puedo perdonar a mí mismo. No es una cuestión individual, como tampoco lo es la salvación: yo no me salvo a mí mismo, yo no me perdono a mí mismo.

El perdón es abrirse a ese abrazo del Padre que todos los días nos espera fuera de casa para ver si volvemos, un día tras otro, sin perder nunca la esperanza de encontrar lo que estaba perdido y de ver resucitado lo que estaba muerto. Y cuando nos ve, allá

lejos, sale corriendo a nuestro encuentro para abrazarnos sin más, para que no abramos la boca buscando justificaciones incongruentes ante un amor que no tiene límites y que, por tanto, no pide cuentas del pasado, sino que se alegra con la posibilidad de futuro de hogar.

Los hijos mayores (como el de la parábola del hijo pródigo) son los que no creen en el perdón, ni en el suyo ni en el de los demás. Más bien, no creen en su propio perdón porque no saben, no pueden, perdonar a los demás. Estos hijos mayores que no reconocen al otro como hermano (“Ese hijo tuyo”, le dice al Padre del relato y no ese hermano mío), sino como mero competidor que perdió su oportunidad de hogar comunitario derrochando los bienes del Padre y los suyos propios. Son aquellos que siempre se justifican con un cumplimiento que poco tiene que ver con la fidelidad amorosa y sí mucho con la obligación competitiva que siempre se mide con los demás (“Yo siempre hice lo que mandaste”).

Por lo tanto, realismo de perdón, de nuevo comienzo cotidiano, de oportunidades de setenta veces siete inagotables que convierten la utopía en realidad de camino al hogar, a la comunidad reconstruida.

La “carencia” comunitaria

Esta carencia forma parte de la esencia de cualquier comunidad. Es una convicción de fondo, un saber pocas veces explicitado, pero sí experimentado, de lo que “falta”. Una comunidad no puede considerarse jamás como una totalidad completada. Lo que proyecta no puede conseguirse totalmente, no puede asumir al completo la vida de sus miembros, su modo de vida no será enteramente satisfactorio.

Ninguna comunidad puede creerse que contiene en sí a toda la Iglesia. Por muy evangélica que sea esta comunidad nunca agota la comunión de la que nos habla el Nuevo Testamento.

Esta carencia comunitaria no es solo la suma de las insuficiencias que experimentan sus miembros, es algo más profundo. Es una carencia de orden espiritual que no permite que el grupo se endiose a sí mismo, que no pierda la referencia al Otro y a los otros, que tome conciencia de sus límites institucionales y personales. Cuanto más se viva la comunión en el seno de una comunidad, mayor será la intensidad con la que se percibe esa carencia profunda.

Esto no evita la experiencia de la presencia de Dios en la comunidad, pero la salvación que procede de este regalo nunca se hace plena en la historia. Es la insuficiencia preciosa, bienaventurada, en el corazón mismo de eso que Dios hace en y con nosotros.

Para que esta carencia comunitaria pueda percibirse y vivirse de una manera positiva hay que tener en cuenta cuatro realidades:

Una comunidad es siempre una forma de respuesta a una llamada evangélica. Es mucho más que un medio para conseguir fines concretos o planes pastorales. Es una realidad en la que las distintas libertades individuales se han de poner de acuerdo, no para cumplir objetivos, sino para vivir intensamente la gran libertad evangélica. Esto es lo más complicado porque la libertad que procede del Evangelio nos capacita para amar a fondo perdido como Dios mismo lo hace con nosotros. Nos abre al común banquete del Reino que no es para puros y justos, sino para aquellos que necesitan vivir la invitación en gratuidad y son capaces de dejar de lado campos que labrar o muertos que enterrar

o negocios que atender. Esta libertad no se agota nunca en ninguna forma institucionalizada de comunidad, siempre quiere ir “mar adentro”, arriesgarse fuera de los contornos seguros de lo conocido y romper la estabilidad acomodada de unas tiendas en un monte rodeado de blancura, aunque estas tiendas se construyan para otros y no para la comunidad misma (Mt 17, 1-13). Es una carencia de libertad entregada, pero, al mismo tiempo, la capacidad de hacer nuevas todas las cosas desde el Reino.

Otra segunda realidad de “incompletud” comunitaria es la necesidad de apertura a otras realidades. Ninguna comunidad agota en sí misma la realidad del Reino. Han de tener múltiples pertenencias eclesiales y sociales. Cuando estas relaciones son bien vividas nunca van en detrimento de la autonomía comunitaria, sino que la enriquecen y la fecundan. Se asegura así la unidad eclesial y la pertenencia de toda realidad cristiana al mundo que la rodea. Apertura y pertenencias que permiten a la comunidad no girar en redondo, no ser autorreferencial. Hay muchas comunidades que se gastan y llegan

Una comunidad no puede considerarse jamás como una totalidad completada

a agotarse en preocupaciones de orden interno: cómo vivimos esto o aquello, cómo podemos hacer mejor esto o aquello, qué horarios son los mejores... Se pierde la referencia de lo que está fuera de la comunidad pero que también da forma y vida a la propia comunidad. Un descentramiento puede ser

la solución a muchos de los problemas que parecen irresolubles y que en realidad solo son preocupaciones de ombligos demasiado mimados.

Cada comunidad debería tener una mirada externa, una visión larga. Esto supondría

La libertad que procede del Evangelio nos capacita para amar a fondo perdido

una desdramatización de la vida y la posibilidad de escuchar y, después, plantearse preguntas que no proceden del mero instinto de supervivencia grupal o de la comodidad un poco inquieta que se puede plantear lo superfluo y no lo esencial.

Una comunidad cristiana no puede asegurar a sus miembros todo lo que necesitan para el cuidado y desarrollo pleno de sus vidas. No es autosuficiente, no lo puede ser, porque si así fuese sería un grupo sectario. A lo largo de la historia de la VR se dieron excesos de autosuficiencia que nos enseñan que en cristiano no puede darse un prescindir de lo “exterior”, de los demás. Los cenobios intentaban crear un mundo nuevo que contuviese en sí todo lo necesario para no depender del mundo exterior, querían ser alternativa radical de otro mundo diferente. Pero cuando se plegaban sobre sí mismos, convirtiéndose en meras islas de autarquía, comenzaba también su declive y, en un tiempo, su desaparición sino surgía una reforma. Por ello, los monasterios florecientes pronto comenzaron a ser fuente de cultura para su entorno y permanecían permeables a otros aportes culturales y técnicos que venían del exterior. Por otro lado, los anacoretas que-

rían vivir su soledad extrema, pero pronto descubrieron que necesitaban de los demás para no caer en excesos y poder confrontar lo que era de Dios o no lo era: así surgieron las “lauras” o agrupaciones de anacoretas. Por tanto, la autosuficiencia no está muy lejos de actitudes prepotentes o de sustitución de Dios por uno mismo, aunque ese uno sea grupal: comer del árbol de la ciencia del bien o del mal o construir una torre que llegue hasta el cielo. Es, más bien, el Pentecostés que abre las lenguas para salir y anunciar la experiencia de un Dios de todos los pueblos que repercute en el crecimiento y enriquecimiento comunitario y personal.

Un cuarto y último punto que hace profesión de esa carencia comunitaria es que la misma comunidad puede que tenga una duración de vida limitada. Esto también nos lo demuestra la historia de la VR: hay instituciones que desaparecen o por lo menos se reforman de tal manera que dan lugar a algo nuevo. Es la novedad de la acción del Espíritu que no asegura la supervivencia de una forma concreta de comunidad a lo largo de un tiempo infinito. Muchas formas comunitarias tuvieron su sentido durante un período y después se agotaron, bien por causas internas o por acciones exteriores (supresiones, expulsiones, desamortizaciones). Es cierto que las reformas siempre beben de tradiciones anteriores intentando ser fieles a las fuentes carismáticas de un momento dado de la historia, pero crean algo con más novedad que referencia al pasado, sino se convierten en meras copias reaccionarias carentes de vida.

En el tiempo que nos toca vivir esto se percibe de una manera singular por la heterogeneidad (cultural, generacional, plurivocacional...) de las comunidades que hace

que los cambios se produzcan de una manera más rápida y menos consciente. Hoy existen distintas comunidades pertenecientes a una misma institución que son muy diferentes en la manera de entender el carisma común y en su traducción a la vida concreta. Esto puede suponer un déficit peligroso que lleve a desunión institucional y afectiva o una oportunidad de repensar y revivir una tradición que no tiene por qué ser inalterable, por lo menos en sus formas no esenciales. Es cierto, que han de existir líneas rojas, pero también es verdad que la heterogeneidad puede ser fuente de creatividad y de ir más allá de la mera repetición vacía de modelos.

Por último, hoy también existe una conciencia en algunas formas comunitarias en las que cohabitan distintos niveles de compromiso, que las personas que entran a formar parte de una comunidad no han de permanecer toda su vida, salvo compromiso especial, en ella. Es la nueva conciencia (aunque quizás no tan nueva) de que la comunidad no es toda la Iglesia, ni la agota, ni la contiene en sí, como ya dijimos. Y que una experiencia comunitaria se puede abandonar sin que ello suponga una traición institucional o un fracaso comunitario. Por ello, de facto, ya se están dando distintos niveles de pertenencia en algunas formas comunitarias, que nos recuerdan a los demás, que la vida comunitaria puede no ser una opción para toda la vida, que solo lo es cuando quiere serlo. Ello supondría una revisión de las formas de adhesión a una comunidad, tanto a nivel canónico como vivencial. Exige un reconocimiento de esos distintos grados de vinculación y percibirlos como una riqueza y no como una merma de valores como la fidelidad o el compromiso.

Nuevas estructuras comunitarias

La aparición de nuevas formas de vida comunitarias plantea nuevos retos. La comunión de distintas vocaciones bajo un mismo techo y la pluralidad de modelos comunitarios que van haciendo realidad (no sin problemas y desaciertos) una nueva apertura a distintos horizontes y modos de convivencia.

Responden a las nuevas búsquedas en occidente de ámbitos de comunión en los que la institucionalización no sea férrea, con un primado de lo afectivo, una religiosidad más de los sentidos y en clave carismática, un aprecio relevante por la belleza en la liturgia y el cuidado de los signos exteriores, una necesidad de llenar el vacío interior que la sociedad de consumo no sabe colmar en su empeño de exterioridad siempre cambiante. También es clara la búsqueda de seguridades y pautas que una generación de padres nacidos entre 1960-70 no supieron dar, preocupados en dejar a la libre elección de sus hijos el desarrollo moral y espiritual. Una educación que solo se preocupaba de su desarrollo afectivo de una manera “psicologizante”. Los hijos de esta generación fueron creciendo y con-

La aparición de nuevas formas de comunidad ayuda a entender que no hay modelo único

virtiéndose en “extraviados espirituales”, sin horizontes definidos a los que acudir porque no se los quisieron (quisimos) dejar en herencia. Este intento de hacer tabla rasa del pasado para liberarse de las tradi-

ciones concebidas como esclavitud o dependencia creó en occidente adultos muy preparados en lo intelectual pero perdidos en referencias básicas de valores, que ya no saben dónde o cómo fundamentar.

Algunos (varios de ellos no están bautizados y muchos no están catequizados) encuentran en estos nuevos modelos comunitarios una propuesta religiosa global que une los cabos sueltos de la educación precedente. Comprenden vitalmente que la religión no puede ser enviada sin más a la esfera de la privacidad-individualidad de su práctica, sino que tiene una dimensión social-ecclesial que le es esencial.

Para muchas instituciones eclesiales y para no pocos creyentes la pregunta ante estas nuevas realidades comunitarias suele ser siempre la misma: “¿Por qué crear algo nuevo? Ya existen muchas estructuras y carismas probados por el tiempo y muchos ni se utilizan...”.

Pero no se puede obviar que hay muchas personas a las que no les dice nada (o poco en el mejor de los casos) este modelo institucional. Se les puede acusar de estar equivocados o que no “entienden”, pero de todos modos los hechos están ahí y no se pueden calificar de simples faltas de “funcionamiento” eclesial.

Es algo mucho más profundo lo que se expresa en esas nuevas búsquedas comunitarias. Sin duda puede ser una llamada a una nueva forma imaginativa y a una conversión institucional. Ninguna fórmula puede agotar la multiplicidad del rostro de la Iglesia por muy refrendada que esté por el paso de los tiempos o por el *nihil obstat* canónico.

También hay un deseo de una búsqueda de espacios comunitarios menos determinados por un tipo de acción concreta, más “libre” o informal. No podemos olvidar que la comunidad es un juego de libertades que se ponen en camino de comunión fraterna en el nombre de Dios y en su presencia.

Terminamos con una frase de Dietrich Bonhoeffer que es lo bastante abierta como para seguir reflexionado y orando en esta clave comunitaria: “No es la experiencia de la fraternidad cristiana la que nos hace permanecer juntos, es la creencia firme y verdadera en esta fraternidad”.

1 MADELEINE DELBRËL, *La joie de croire*, Le Seuil, París 1968.

2 Citado por AMADEO CENCINI, *Hemos perdido nuestros sentidos*, Sal Terrae, Cantabria 2014, p.162

3 *Ibid.* p. 163-164.

Preguntas para el diálogo comunitario:

- ¿Cómo vivo/vivimos la soledad en lo comunitario?
- ¿Cómo experimentamos la capacidad de perdón que podemos tener como personas e instituciones?

- ¿Qué “carencias” nos impulsan para seguir manteniendo una utopía realista y evangélica?
- ¿Cómo nos interpelan las nuevas búsquedas comunitarias que podemos ver en nuestros entornos eclesiales y sociales?



Ven Espíritu Santo

José Tolentino de Mendonça

CARD.- ARZOBISPO. PREFECTO DEL DICASTERIO PARA LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN

Hay una sabiduría impresionante en las imágenes que utiliza la Biblia. Una de las primeras imágenes tiene que ver con la creación del hombre. Se dice que Dios, como un escultor, construyó un ser de arcilla y lo contempló. Era un ser que poseía la perfección material, pero al que le faltaba la vida. Entonces Dios insufló en él su aliento para que pudiera tener vida en este mundo, con todo lo que significa.

Sin caer en dicotomías fáciles, nosotros mismos sentimos esto en nuestra experiencia de vivir. Nos damos cuenta de que hay una materialidad en la vida, en el cuerpo que somos, que necesitamos para vivir. Pero, al mismo tiempo, no somos solo eso. Somos un «no sé qué», un aliento vital. Somos un aliento, un misterio, un enigma que más allá de la materia es espiritual. Y es este aliento asociado a la

materia el que realiza el asombroso milagro que es la existencia del ser humano, que nunca deja de asombrar. Como dice el comienzo de la Antígona de Sófocles: "Hay muchas cosas asombrosas en el mundo, pero no hay nada más asombroso que el Ser Humano".

Y lo mismo sobre la Iglesia. ¿Qué es la Iglesia? Podemos describirla desde fuera, sociológicamente, y decir: la Iglesia no es más que una sociedad. Somos, es cierto, un colectivo de personas que se reconocen, que tienen vínculos entre sí, que mantienen rituales entre sí, con una unidad conferida por una doctrina y una jerarquía. Vista desde fuera, la Iglesia suele analizarse sobre todo así, en un plano institucional y como una estructura de poder capaz de organizar las convicciones de un determinado grupo humano.

Pero decir esto de la Iglesia es considerar que solo es

materia, que solo es barro. Porque la Iglesia es ese misterio de relación creado y recreado continuamente por el Espíritu Santo. Sin el Espíritu Santo no se puede entender la Iglesia. Por eso tenemos tanta necesidad de escucharle. La Iglesia misma tiene que ser un gran oído, una antena vibrante de lo que el Espíritu Santo está diciendo en este momento. El Espíritu Santo confirma, defiende y clarifica en nosotros la obra de Jesús. Pero no actúa como el conservador de un museo, sino con una creatividad inagotable de amor. El Espíritu Santo nos hace hablar, en cada tiempo histórico, un lenguaje nuevo. No solo un lenguaje nuevo, sino un lenguaje nuevo y universal: el de la alegría, el de la fortaleza, el de la compasión, el de la entrega, el de la hospitalidad. Todos tenemos la capacidad de usar ese lenguaje allí donde se expresa un corazón creyente.

MÁS QUE UNA FOTO



Almudena Vilariño
Abadesa de las Benedictinas
de San Paio de Antealtares

ENTREVISTA

«Ni toda una vida sería suficiente para darla por el Amado»

Cuidar, a la manera de Jesús, sustenta el peso de cualquier dolor. Máxime en el corazón de un monasterio donde el silencio de un Dios enamorado habita y consuela cualquier herida. Así lo vive, cada día, sor Almudena, desde el cuidado, la escucha y la oración. Libre, con una sonrisa que lo ilumina todo, sin rejas ni condenas, dejándose esculpir por la mirada de Aquel que atrae por entero su alma para hacerla inmensamente feliz

Carlos González García
Periodista y escritor

«A todos los huéspedes que se presenten en el monasterio ha de acogerseles como a Cristo, porque Él lo dirá un día: “Era peregrino, y me hospedasteis” (Mt 25,35)», reza una de las citas de la Regla de san Benito. Y ahí permanece ese mandamiento de amor, latiendo a fuego lento, enmarcado en cada plegaria que modela el Monasterio de las Madres Benedictinas de San Paio de Antealtares (Santiago de Compostela).

Si hay un lugar donde tallar la piel del corazón, ese es el silencio. Llamo con sigilo. Adentro, hay reserva y quietud. Apenas se escucha una voz que roza el parpadeo de un Dios bueno. Tras el eco, la bruma de una sonrisa colma de paz cada esquina del convento. Sor Almudena, la madre abadesa, es la más joven de la comunidad y guarda, como un verdadero tesoro, la ternura que Dios dejó escondida en su mirada cuando solo era una niña. Por eso, tras el velo de calma que mora en su alegría, mira —con sosiego— a los ojos de quien le mira, y posa la bondad necesaria para que, quien se quede en el color de su alma, se sienta cerca del Amado. Entró al monasterio hace 27 años. Ahora, con 45, luce el

hábito benedictino que adorna su vocación, su latido y su credo. Espera callada: prendida, con los pies muy en la tierra, en la brizna de un poema: «Espero ir contestando lo que yo misma tan solo intuyo». Es su bonita manera de amar. «Lo intentaré», descubre la monja contemplativa, «consciente de que todo quedará por decir». Dejamos el papel y nos abandonamos a la Providencia. Que el Espíritu supla...

¿Quién es la madre Almudena?

Quizá sea esta la pregunta más compleja, por su extrema sencillez, para responder. ¿Quién soy? Podría contestar varias cosas, pero creo que la fundamental es que soy una hija de Dios. Y, si me preguntas cómo soy, te diría que los que me conocen suelen decir que transmito sencillez, confianza y alegría, que prefiero el encuentro de tú a tú, que soy acogedora, reflexiva y a veces impulsiva, cuidadosa y despistada, frágil y fuerte... Soy muy inquieta, intelectualmente hablando, me encanta aprender y valoro la lealtad y la franqueza por encima de todo.

¿Y cómo se fragua la vocación que da sentido a tu

vida, hasta encontrar el tesoro escondido que habita en tu alma?

No sé cómo se fragua mi vocación, ni puedo hablar de un momento concreto, de un flechazo. Aprendí a orar la Liturgia de las Horas de pequeña, muy pequeña, viendo rezar a una tía mía, soltera, que rezaba Vísperas con las monjas cada día. Ella me explicaba, me dejaba leer los salmos y a mí me gustaban. Las monjas estaban en Santiago, yo en Madrid... Pero cuando iba a verlas era como un imán, ahí estaba Dios. Y a la que era entonces maestra de novicias, sor María Blanca, le pedía libros sobre nuestra vida. Y Dios sí me atraía. Lo busco y no me concibo de otra manera. Toda vocación es dinámica, cada día hay que dejarse encontrar por el Señor. Unos días soy más consciente, otros menos, pero tengo claro que no puedo vivir sin Él.

¿Es cierto que, con solo 9 años, le dijiste a la madre abadesa que te guardase sitio cuando tuvieses 18?

Me lo recordó ella misma cuando yo entré... Fue la primera vez que vine en Semana Santa a Santiago. Estábamos en la Vigilia Pascual y, al ter-

minar, mientras tomábamos algo caliente, estaba allí madre María, que era la abadesa, junto a otras monjas que recibían a la gente, y yo me acerqué y se lo dije... «Cuando sea mayor, quiero ser monja. Guárdeme sitio, que yo a los 18 años entro». Y esa ingenuidad de niña se hizo verdad años después.

Llegaste a matricularte en la carrera de Medicina, pero Dios te quería para curar de otra manera...

La carrera de Medicina era mi plan B si lo de monja al final no era. Todo lo sanitario me atraía (y me atrae). Soy consciente que yo no curo, es el Señor quien «sana los corazones destrozados y venda las heridas» (Sal 146, 3), pero somos mediación Suya y estamos para cuidar unos a otros, para acogernos en el camino de la vida. Y hay mucho, pero mucho sufrimiento, y es necesario mostrar el Amor de Dios, incondicional y para siempre. Necesitamos esperanza, el Señor es la Esperanza porque es el Viviente y nos llama a la Vida y al Amor. Conscientes que solo Él salva, a nosotros nos une la vulnerabilidad y la fragilidad. Solo desde la herida aceptada y asumida nos podemos acompañar.

¿Y cómo podemos acompañarnos desde ahí, si tanto duele?

Porque es lo que nos une. Yo estoy convencida, cada vez más, que lo que nos une es la herida. Todos estamos heridos; otra cosa es que lo queramos aceptar o no. Pero no podemos vivir ni acompañarnos desde arriba ni desde fuera, solo desde dentro y desde abajo. Cuando el Señor se encarna, el impasible se hace pasible. Es muy fuerte. Los padres de la Iglesia decían que «solo puede ser salvado lo que es asumido». Entonces, solo asumiendo esto, podemos dar sentido al dolor. No quiere decir que tengamos que vivir todas las heridas del mundo, pero hay una base humana que nos une.

Todo lo que nos duele nos moldea el corazón...

Sí, Dios se vale de todo. Cuando estaba a punto de entrar aquí, me venía una oración: «¿Cómo amar sin desgarramiento de corazón? ¿Cómo alabar sin alegría? ¿Cómo adorar sin paz?». Aprendemos a amar a base de ir ensanchando el corazón, y el corazón se va ensanchando acogiendo tanto el gozo como el dolor. Yo creo que nunca ha sufrido tanto el hombre como ahora, porque

se quiere convencer a la gente de que tiene que huir del sufrimiento o que este no tiene cabida. Y es que en la vida humana el dolor forma parte de la vida. No es que seamos masoquistas y queramos la amargura, nada de eso, pero si nos enseñan desde niños que no podemos sufrir, pasamos toda la vida huyendo del dolor y sufriendo muchísimo. En nuestro país cada vez es mayor el número de suicidios por año. Es tan doloroso y nos estamos haciendo tanto daño...

¿Y qué te atrajo más de la vida benedictina?

Cuando venía al monasterio, me atraía enormemente la alegría que tenían las monjas. Leía libros sobre lo que era la vida monástica y sentía dentro de mi corazón: «Esto es para mí. Esto lo quiero vivir yo». Pero no sé decirte una cosa puntual, es el estilo de vida, es todo. Los que vivimos la Regla de san Benito hacemos en nuestra profesión los votos de estabilidad, conversión de mis costumbres y obediencia.

¿Cómo late el carisma benedictino?

La vida benedictina la sintetizaría en estos cuatro pilares: primacía de Dios, vida fuertemente comunitaria,



búsqueda de Dios y espiritualidad bíblica y litúrgica. Además, suele ser definida mediante el axioma *ora et labora*, oración y trabajo. Vivir el equilibrio de las siete horas canónicas—la alabanza a Dios, Voz de la Iglesia que se asocia a la Voz de Jesucristo al Padre en el Espíritu—y la Eucaristía, que es el centro del día, con el trabajo. Desde esa sensibilidad y conciencia de que, con nuestro trabajo, cooperamos a la obra de la Creación. Necesitamos trabajar, porque si no

te desequilibras interiormente. Pero siempre cuidando que el exceso de trabajo no debilite la vida de oración. Es intentar estar atentas a la presencia de Dios mediante la oración, que para nosotras se vive fundamentalmente desde la *lectio divina*; es decir, la rumia de la Palabra de Dios, y el trabajo siempre presente. Y sin olvidar, por supuesto, el equilibrio del descanso, que es muy necesario. El equilibrio es difícil, pero no imposible; solo hay que vivir atentos. Si la vida

monástica pierde fuste es porque uno de estos polos gana terreno sobre el otro...

Y, de repente, más de media vida entregada como religiosa de vida monástica. ¿Crees que es suficiente una vida entera para darla por el Amado?

Llevo más de media vida aquí, pero ni toda una vida sería suficiente para darla por el Amado, porque jamás le podremos corresponder. No se trata de pagar Su Amor, sino de acogerlo y rezumarlo

a nuestro alrededor. Si lo intentamos con sencillez y amor, Él completa y suple, Él es el centro, no nosotros. En la vida hay que optar. No puedes tener varios polos centralizadores. El amor a Dios no es excluyente, pero sí totalizante. En el centro debe estar Él y, después, todo lo que quieras.

La espiritualidad benedictina tiene la Regla de san Benito como norma de vida, donde la comunidad es un

lugar teológico de la presencia de Cristo en medio de las hermanas. ¿Ves cada día el rostro de Jesús?

El rostro de Jesús no se ve, se intuye en el claroscuro de la vida. En cada lágrima y sonrisa, en un sencillo barrer el refectorio y en un escuchar a una hermana. Pienso que no es tanto «dónde» lo veo sino «desde dónde» lo veo y vivo. Es desde ese sentido de Su Presencia que no es que nos acompañe—que sí—, sino mucho más profundo: nos habita.

Y desde esa consciencia, toda persona me invita a la reverencia.

¿Y cómo habita Dios tus espacios, tus límites, tus soledades y tus silencios?

Habita por la presencia y desde lo sencillo. Tal vez nos creemos poco lo que nos dice la Escritura, y por el Bautismo también somos templo del Espíritu. Si yo viviera más conscientemente estas realidades de fe, incluso de la Eucaristía, sería



más consciente de la presencia de Dios en los demás. Dios no habita desde la superficie, sino desde lo profundo.

Desde fuera, el monasterio es un rincón llamativo e, incluso, seductor. ¿Cómo suena su respiración adentro?

La respiración de un monasterio suena como una sinfonía en la que cada hermana participa con su pulso y ritmo vital propio, lo que supone un desafío y gozo el vivir descubriendo la unidad profunda (es Cristo quien nos ha convocado) respetando y aceptando la singularidad de cada una, con sus límites y dones.

Y cuando te asola el grito de ese silencio mudo que más duele, ¿cómo late tu corazón?

Late como el de toda persona que se siente desvalida, con temor y temblor, buscando cobijo y apoyo. Y la confianza en el Señor y en los hermanos es lo que me salva siempre para seguir caminando y confiando. También, poco a poco, voy aprendiendo a dar y darme tiempo, saber esperar y tener paciencia. Lo que hoy no veo ni entiendo, probablemente lo comprenda mañana.

¿No se hace demasiado larga cualquier espera en un monasterio?

No, la percepción del tiempo no depende del lugar que se habita sino de la disposición y vivencia interior. En cualquier caso, la gente que viene a la hospedería nos suele decir que aquí encuentra paz y tranquilidad. Ciertamente, la paz la da Dios, pero es trabajosa como una conquista.

La paz es un bien tan grande «que no puede poseerse otro mejor ni poseer otro más provechoso», decía san Agustín.

Y también lo proclama el salmo 33, «busca la paz y corre tras ella». PAX es nuestro gran lema benedictino: recibir la de Dios y, desde allí, ofrecerla.

La soledad en una madre abadesa de tan solo 45 años, ¿duele o consuela?

La soledad no depende de la edad, es algo que nos acompaña en todas las etapas de nuestra vida. La soledad tiene diversos aspectos o dimensiones por eso, unas veces duele y otras consuela. Duele cuando es fruto del aislamiento de los hombres, cuando debes cargar en silencio con cruces propias o ajenas sin poder aclarar incomprensiones. Y

consuela, consuela mucho, cuando es ámbito de encuentro con el Señor, soledad habitada y fecunda, que equilibra y nos da paz. No podría vivir sin este espacio diario de soledad y, cuando no lo tengo, lo añoro.

Tu mirada contemplativa deja entrever a la Belleza asomándose de puntillas por tus pupilas... ¿Cómo es tu relación con Dios?

Mi relación con Dios es personal, es decir, de tú a tú. No porque hable con Él como Moisés, sino porque estoy convencida hasta la entraña que creo en un Dios personal, no en una energía positiva. Y esto lo he descubierto, precisamente, en momentos de crisis y desolación, donde solo un grito de enfado –grito de amor– me ha salido ante Él. Y desde este convencimiento vivo todo lo demás. Nos ama, está, nos acompaña incondicionalmente, nos espera siempre como el Padre del hijo pródigo, y esto basta.

Y en esos momentos de crisis y desolación, ¿cómo reza tu alma?

Como puede... Cuando estoy mal y vivo sin sentido, mi búsqueda del Señor está siempre ahí. Quizá las veces que lo he pasado peor es

cuando he sentido, de algún modo, que no le sentía. Y no me queda otra que permanecer. Y, a veces, mi oración es solamente sostener, confiar y saber que Dios está trabajando en mí. Es decir, le digo: «Señor, realiza en mí tu obra, trabaja en mí, afiánzame en ti y sostenme». Desde la primera que vez que le dije sí en el altar, mi palabra fue verdadera y sé que Él me ayudará a sostenerla. Desde luego, Él nunca está más cerca que cuando lo estamos pasando mal. Y, a veces, también hay que pasarlo.

Santa Teresa escribió que «de ver a Cristo me quedó imprimida su grandísima hermosura». ¿Dónde le ves tú cuando todo se apaga?

En mi interior y en cada rostro y sonrisa de las hermanas...

En el rostro del Señor se clavan las miradas de tantos que buscan sentido a su vida, salud en su enfermedad, alivio en su prueba. ¿Cómo acaricia Él tu rostro cuando el cansancio mendiga, a rastras, por tu alma?

Acaricia en silencio, dentro, muy dentro, con dulzura, con paz... Y me abre a los demás y me colma de mandado y ternura.

Y, en esos momentos, ¿de qué color se viste tu oración?

De silencio.

La plegaria forjada en silencio es el alma de la vida contemplativa. ¿Qué aporta la vida consagrada a la Iglesia?

Debería aportar esa mirada que taladra la realidad, porque ve más allá de lo que se ve: presencia del Resucitado en medio del mundo. Pero tenemos el gran peligro de la autorreferencialidad y de acostumbrarnos y banalizar lo sagrado...

¿Y en qué se traduce ese peligro eclesial que emana de la costumbre?

Cuando estás todos los días con lo sagrado entre manos, puede llegar un momento en el que lo ves como algo más, sin importancia. La rutina tiene una parte buena, porque el ser humano vive de una serie de ritos, pero la otra rutina a veces olvida lo esencial. Es el peligro de acostumbrarnos, o de dar por hecho que las cosas nos tienen que ser dadas. Y nada nos es debido, todo nos es dado. Entonces, no podemos perder esa perspectiva de la gratuidad, no podemos exigir. Todo es don. Pienso ahora en una hermana religiosa que tiene esclerosis lateral

amiotrófica (ELA) y me digo a mí misma: yo me levanto, muevo un dedo, hago las cosas por mí misma y no lo agradezco. Pero cuando eso nos falta, entonces sí nos acordamos. Y la autorreferencialidad es eso: quedarnos preocupadas en nuestras cuatro paredes, con las pequeñas cositas que tenemos aquí y nada más. Y nuestra mirada consagrada ha de ser universal.

Sin embargo, para muchas personas resulta complicado comprender una vida en clausura. ¿Por qué?

Porque no es fácil. Y porque se ha puesto demasiado hincapié en la clausura como encerramiento cuando su finalidad es propiciar un ámbito de encuentro y de acogida. De hecho, a nosotras no nos gusta que nos definan como monjas de clausura, no nos sentimos en ese título. Somos benedictinas, monjas contemplativas de vida monástica.

¿Cómo explica el sentido de libertad alguien como tú que vive “atrapada por Dios” en una celda de amor?

Solo lo puedo explicar desde el amor. San Gregorio Magno, el Papa biógrafo de san Benito, nos narra en el



capítulo XVI del tercer libro de los *Diálogos* un episodio muy esclarecedor sobre esto. Transcribo:

«Este [el ermitaño Martín, que vivía en Montemarsico], no bien llegó a aquel monte, cuando aún no vivía encerrado en la cueva, atóse a su pie una cadena de hierro cuya extremidad fijó en la roca, de suerte que no pudiera ir más lejos de lo que le permitía la longitud de ella. Habiéndolo sabido Benito, varón de vida venerable, del cual he hablado más arriba, hizo decirle por medio de un discípulo:

"Si eres siervo de Dios, no te sujete una cadena de hierro, sino la cadena de Cristo". Al oír tales palabras, Martín rompió en seguida aquella ligadura, pero sus pies nunca anduvieron en lo sucesivo más allá del lugar que solía recorrer cuando estaba a ella sujeto. Y así, sin la cadena, permaneció en el mismo reducido espacio de antes, cuando estaba ligado a ella».

El ermitaño Martín comprendió lo que le dijo el varón de Dios, Benito, solo desde el amor se vive sujeto a Dios. Sea en un modo de vida u

otro. La libertad significa elegir con responsabilidad. Y cuando uno ama y se siente amado elige libremente. Pone unos límites para favorecer precisamente que el amor pueda crecer.

El idioma del cuidado solo se abre paso con amor. Aunque a veces duela. ¿De qué forma lo experimentas en tu día a día?

Cuidando, escuchando, siendo comprensiva... Y con la sonrisa, que es muy importante. El mundo está muy necesitado de sonrisas. A mí,



según me dicen, Dios me dio ese don, y me recuerdan que lo cuide y lo trabaje. Yo no soy consciente de ello; pero sí te confieso que cuando una persona me sonríe, me hace mucho bien y me alegra el día. Entonces, el mero hecho de una sonrisa, de una acogida sin prisas, de una escucha atenta... Es que el cuidado abarca tanto... Es estar pendiente y, a veces, también aprender a dejar espacio, no agobiar, no acaparar, dar corresponsabilidad, confiar. Eso es también cuidar, porque supone potenciar dones.

A veces, desde una mirada creyente, parece que hay que estar siempre consternado, afligido y con el corazón apesadumbrado...

No, no, no... ¿Qué es lo primero que les dice Jesús resucitado a las mujeres? ¡Alegraos! No se trata de una ingenuidad, porque en verdad hay mucho sufrimiento. Yo estos días me planteaba por qué Él sigue con las llagas, y entendía que ha asumido todo el dolor del mundo. Y hay momentos que a mí me pesa y me duele el dolor del mun-

do, y me puedo dejar llevar por la tristeza. De hecho, aunque Él ha resucitado, sigue habiendo dolor; pero lo ha asumido, hay una salida, una luz. Entonces, tenemos que estar en esa espera del Resucitado. No es negar el dolor, que lo hay, pero Cristo está y hay gozo y esperanza.

¿Y dónde se esconde el secreto de tanta esperanza?

Nos tenemos que alinear en la alegría, saber que hay algo más cuando todo está oscuro y, a pesar de no ver,

saber que hay esperanza. A veces, aunque sean unas mínimas gotas de una sonrisa, de una acogida o de una mano tendida, hemos de escuchar sabiendo que quizá una sonrisa a tiempo puede aliviar el fardo que lleva auestas una persona.

Supongo que también pasarás por momentos de desierto, destierro y sequedad. ¿Sucede?

Claro que sucede, si hay algo que nos debería enseñar nuestro estilo de vida es que no somos mejores que nadie y que es imprescindible dejarse horadar y hacer para poder empezar a ser...

¿Y cómo se deja horadar una contemplativa benedictina?

Acogiendo lo que viene, o Al que viene, más bien, que no es tan pasivo como parece. Sobre todo por la Palabra, los acontecimientos, las personas, la vida misma... Dios se va manifestando por ahí. También en los golpes y en las alegrías. Todo nos va horadando, como esa gotita diaria, hasta hacernos más semejantes al Señor.

¿Tú eres feliz?

Sí, soy feliz. La felicidad no es un ensimismamiento ajeno al sufrimiento, sino un

acoger cada día lo que viene y descubrir en ello los signos de vida, amor y esperanza tantas veces ocultos.

¿Y cómo se vence el miedo de los días más oscuros?

Como se puede... Con lágrimas y buscando ayuda, si es posible. Pero, sobre todo, desde la confianza. A mí me salva del miedo la confianza en Dios y en quien me acompaña.

Y el misterio más importante de nuestras vidas, hecho verdad en la Eucaristía, ¿de qué manera lo vives?

Es inabarcable, es vertiginoso, es el culmen de la Encarnación. Invitación y exigencia a entregarnos como Él, ser cuerpo entregado y sangre derramada. Comulgar es entrar en comunión de destino con el Señor. Cuando soy consciente, así lo vivo; cuando no, como todos.

¿Qué sientes cuando tienes el Cuerpo de Cristo en tus manos?

Sobrecoge...

Él es la mano fiel que, a pesar de nuestras faltas, encubre nuestro barro adormecido. ¿Cómo te imaginas el Cielo?

Como un inmenso abrazo del Señor, plenitud de Vida

y Amor. Y, por tanto, no sola, sino acompañada.

Sor Almudena, ¿qué queda en los ojos inocentes de aquella niña que, con 18 años, decidía darse por entero al Amado tras las rejas de una clausura?

Queda sentir que la vida monástica es un precioso camino de vida, que tiene sentido. Que el Señor me sigue llamando y que deseo seguirle hasta donde Él quiera llevarme, aunque muchas veces no entienda sus caminos. En una palabra: queda Su Amor que me sostiene y me guía.

Tras 27 años entregados, en cuerpo y alma, por amor. ¿Sientes que todo ha merecido la pena?

Ojalá hayan sido entregados en cuerpo y alma... Pero, aún así, a pesar de mis infidelidades y negligencias, Él todo lo sabrá sanar, perdonar y consumir. Claro que ha merecido –y merece– la pena. Si volviese a nacer, aun sabiendo lo que ya sé, volvería a entregar mi vida en la vida contemplativa como monja benedictina... 



La tiranía de la belleza. El cuerpo como valor y como problema

Enrique Gervilla Castillo

Catedrático emérito CC. de la Educación. U. Granada

La importancia del cuerpo en los seres humanos es incuestionable, pues sin cuerpo no hay persona: somos cuerpo y tenemos cuerpo. Lógico, pues que desde la antigüedad hasta la actualidad el ser humano se haya definido siempre con el sustantivo

“animal”, adjetivado, en sus múltiples caras o rostros, como “animal racional”, animal político”, “animal religioso”, “animal que habla”, “animal sintiente”... Un animal, en expresión de Zubiri, que trasciende su propia animalidad.

Desde el nacimiento hasta la muerte, el cuerpo es nuestro modo de existencia y de ser-en-el-mundo. Su importancia es tal que todas las leyes educativas de los distintos Gobiernos han legislado sobre el contenido de la Educación Física, pues no puede darse educación alguna sin el cuerpo.

La polémica no se centra en valor del cuerpo, sino en qué cuerpo deseamos. Desde la antigua concepción platónica del cuerpo “cárcel del alma”, hasta la actual canción: “Dale a tu cuerpo alegría Macarena”, el cuerpo siendo el mismo, no ha sido lo mismo. Los distintos sentidos y valoraciones del cuerpo han sido plurales como manifiesta la Historia de la Filosofía y la Historia de la Educación.

Hoy uno de los dioses es el cuerpo, pues su apariencia, para muchos, vale más que su ser. Nuestra sociedad invita a cultivar más el exterior que la interioridad, el poseer más que el ser. Y sin embargo, como ya decía Saint-Exupéry en el Principito, “no se ve bien sino con el corazón, pues lo esencial es invisible a los ojos”.

Hoy es necesario aparentar dinamismo, belleza, deportividad, ser sexy y atractivo, rico y actual. Hoy quienes gozan de “buena presencia” poseen mayores posibilidades laborales, de relaciones humano-afectivas y de aceptación social. Un valor para todos, pero sobre todo para los jóvenes, de tal importancia que llega a convertirse en un super-valor.

El vestido es un punto crucial de referencia estética. Nuestro modo de vestir es esencialmente una forma de relación humana, de distinción social y de diferenciación individual. Todos los estilos y todos los materiales pueden tener legitimidad en la moda: lo desaliñado, lo desgarrado, lo descuidado, lo usado, lo deshilado. Jeans desteñidos, zapatillas de tenis gastadas,

grafismos de comics en camisetas, etc. forman aparte de la indumentaria de los jóvenes (“look mendigo”).

Hoy, para muchos, el valor de la belleza corporal se ha impuesto con tal fuerza sobre otros valores que dificultan y hasta impiden el desarrollo armónico de la persona, por lo que bien podemos hablar de dictadura o tiranía de la belleza.

Y cuando el propio cuerpo no es acorde con los modelos vigentes, los avances de la ciencia se ponen a su servicio. Se trata de corregir, en palabras de Lipovetsky, la obra de la naturaleza, de vencer los estragos ocasionados por el paso del tiempo, de sustituir el cuerpo recibido por un cuerpo construido. Para ello la cirugía estética ofrece unos resultados rápidos y espectaculares: láser, implantes mamarios, trasplantes de órganos, correctores, prótesis de todo tipo, injertos, etc. por lo que hoy la ciencia consigue el cuerpo que queremos, a gusto del consumidor. Prensa, radio y Tv contribuyen a ello. Baste observar los presentadores y presentadoras de informativos, concursos, y sobre todo de publicidad. Se trata de presentar a la persona en base a un materialismo hedonista y narcisista, en el que gozar y aparentar, vale mucho más que el ser.

La vejez –antes sinónimo de experiencia, autoridad, sabiduría– ha perdido todo su valor, para convertirse casi en “desgracia”. Hoy hasta el mismo nombre se sustituye por el de “tercera edad”.

Todos los valores valen para la formación humana, pero no todos valen lo mismo, pues unos son imprescindibles y urgentes y otros solo son necesarios o convenientes. Y cuando hemos de renunciar a uno para poder realizar otros, nunca hemos de sacrificar el valor inferior, por cuanto nos impide alcanzar el superior. Como ya observó Maslow:



“Los valores o necesidades guardan una relación mutua en forma evolutiva y jerárquica, de acuerdo con un orden de fuerza y prioridad. La naturaleza superior del hombre descansa sobre su naturaleza inferior, a la que necesita como fundamento, de tal modo que su defecto provoca el colapso”.

M. Scheler estableció el orden preferencial de la vivencia de los valores en los que los valores vitales del cuerpo ocupan la prioridad para después incorporar los valores espirituales y religiosos.

El crecimiento corporal, pues, ha de realizarse de modo jerárquico, ordenado y armónico, atendiendo a todas las dimensiones del ser humano. Así, es posible construir una escalera desde los valores más bajos (biológicos o corporales) a los más altos (reli-

giosos), cuyos peldaños intermedios sean los valores intelectuales, morales y estéticos.

La sobrevaloración estética del cuerpo nos conduce a un grave problema: la destrucción personal, cual es el caso patológico de la anorexia y la bulimia. Una y otra son coincidentes en el rechazo e insatisfacción del propio cuerpo, compartiendo la ansiedad por la delgadez y el miedo por aumentar peso. La imagen del cuerpo es tan valorada que es necesario mortificarla para que, estéticamente, sea lo que socialmente debe ser.

Cuidar el cuerpo estético a costa de destruir el cuerpo salud-biológico es una anomalía carente de toda racionalidad; sin embargo, es necesario tener en cuenta que el ser humano además de razón es afecto, sentimiento y pasión. **VR**

CONGRESO DE VIDA RELIGIOSA

20 al 22 de mayo de 2023

Invitado Especial:

P. LUIS ALBERTO GONZALO DÍEZ, CMF

Misionero Claretiano
Director de la Revista Vida Religiosa



PEREGRINOS Y PROFETAS: Hombres y mujeres del alba

LUGAR:

AUDITORIO SAN AGUSTÍN
Colegio Agustiniano Ciudad Salitre
Calle 23 C No. 69 B – 01

HORA:

Sábado 20: 8:30 a.m. a 5:30 p.m.
(Inscripciones sábado 20 a las 7:30 a.m.)

Domingo 21: 8:30 a.m. a 5:30 p.m.

Lunes 22: 8:30 a.m. a 2:00 p.m.

INVERSIÓN:

\$ 350.000 Por participante.

CONFERENCIA DE RELIGIOSOS DE COLOMBIA – CRC

Carrera 15 N° 35 – 43 / B. Teusaquillo / Tel. (601) 2322734 / 3383946 / 47
Celular - WhatsApp: 312-3978734
Correo: crc@crc.org.co / www.crc.org.co
Bogotá, D.C. – Colombia



La inversión de impacto desde el prisma de las instituciones religiosas

El encuentro, celebrado en la Universidad Pontificia Comillas-ICADE el pasado 29 de marzo, profundizó en la oportunidad que representa este tipo de inversión para poder cumplir la misión de las entidades religiosas

Arturo Benito Olalla
CEO y cofundador de Impact Bridge

CaixaBank Banca Privada e Impact Bridge Asset Management celebraron en la Universidad Pontificia Comillas-ICADE, acogidos por la Cátedra de Ética Económica y Empresarial, un encuentro para formar y dar a conocer a las instituciones religiosas qué es la inversión de impacto de calidad.

Bajo el título *La inversión de impacto desde el prisma de las instituciones religiosas*, el evento profundizó sobre cómo se puede hacer inversión de impacto de calidad y por qué es una oportunidad para que las entidades religiosas puedan cumplir su misión a través de la inversión de sus fondos.

En el encuentro, al que asistieron alrededor de 50 personas, en su mayoría ecónomos y administradores de congregaciones religiosas de toda España, intervinieron personalidades de primer nivel, tanto del ámbito académico como de las finanzas, así como las propias congregaciones.

José Luis Fernández, director de la cátedra, fue el encargado de dar la bienvenida a todos los asistentes, seguido por David Alonso, responsable de instituciones religiosas de CaixaBank Banca Privada, quien destacó el importante rol que tienen las entidades financieras a la hora de asesorar en el mejor interés de las congregaciones, buscando un equilibrio en torno al retorno financiero y la moralidad del mismo. También hizo especial mención al documento *Mensuram Bonam* y las medidas basadas en la fe para inversores católicos, publicado en 2022 por la

Academia Pontificia de Ciencias Sociales de Roma.

Asimismo, Arturo Benito, CEO y cofundador de Impact Bridge, destacó la importancia de que las órdenes religiosas puedan cumplir su misión, no solo con sus recursos humanos y actividad misional (colegios, hospitales, residencias, etc.), sino también a través del uso adecuado de sus recursos económicos mediante la incorporación de la inversión de impacto en sus carteras. Abogó por hacerlo siempre desde la excelencia financiera y la prudencia, siendo responsables sobre este patrimonio, así como compartiendo los valores y poniendo en el centro a las personas.

Iñigo Serrats, Managing Partner y cofundador de Impact Bridge, explicó que la inversión de impacto es complementaria a la filantropía: "Genera rentabilidad positiva, equivale a plantar un árbol frente al agotamiento de los recursos inherente a la filantropía". Serrats advirtió también de la importancia de evitar el impact washing —riesgo de realizar una inversión que no sea de impacto real. Para ello, según dijo, es clave la identificación de la inversión de impacto





de calidad, que debe: tener la intención "ex-ante" de generar un determinado impacto, identificar adecuadamente el beneficio y el beneficiario último de esa inversión y medir correctamente el impacto generado. Además, apuntó, debe tener una causalidad (relación causa-efecto entre la inversión y el impacto generado) y una adicionalidad (el mayor impacto social o medioambiental posible por cada euro invertido).

Por su parte, la hermana Barbara Staley, que fue General de las Misioneras del Sagrado Corazón, explicó los motivos por los que su congregación se involucró con la inversión de impacto. Para ella, este tipo de inversión "es muy importante para vivir conforme al Evangelio y ponerse siempre al servicio de los más necesitados. Además, el uso que le damos a nuestros bienes temporales nos permite ampliar nuestra misión en más de 60 países a través de nuestras inversiones, aun teniendo solo presencia en 18 de estos países".

Por último, Kayoko Lyons, de la Catholic Impact Investing Collaborative (CIIC), la organización americana de referencia para la inversión de impacto en instituciones religiosas, habló sobre la relevancia que tiene para las órdenes invertir bajo la guía de la Doctrina

Social de la Iglesia y buscar asignar el capital en la creación de un mundo más justo, equitativo y sostenible. La CIIC es el principal foro de inversores católicos de impacto y de ella forman parte más de 20 instituciones, así como alrededor de 40 signatarios.

Sobre Impact Bridge:

Impact Bridge es una gestora de instituciones de inversión colectiva española dedicada en exclusiva a la inversión de impacto de calidad centrada en proyectos que generan un impacto auténtico, intencionado y medible. Fundada en 2018, su equipo está compuesto por profesionales con una dilatada experiencia en las más prestigiosas firmas de inversiones, inversión sostenible y de impacto, academia y cooperación internacional. La firma cuenta con un fondo de deuda actualmente basado en España con más de tres años de track record prestando capital a alrededor de 20 proyectos con elevado impacto social y con más de 100 millones de euros comprometidos. El fondo invierte directa e indirectamente en más de 80 países y presta dinero a cerca de 12 millones de personas y 200.000 empresas. Más información aquí: Impact Bridge.

Contacto prensa: comunicacion@impact-bridge.com 



Viviendo con los abuelos (y IV): es lo que hay

Jorge A. Sierra

HERMANO DE LA SALLE

DELEGADO DE PASTORAL DEL DISTRITO ARLEP DE ESPAÑA Y PORTUGAL

Como decimos en Galicia, “es lo que hay”: generaciones diferentes, desencuentros, convivir con los que te toca... Nuestras comunidades religiosas son escasas en número y en no jubilados, aunque el estar jubilado no quiere decir nada —necesariamente— sobre el ánimo y la actividad. Y aquí es donde el diálogo gana aún más fuerza. Lo aprendí con un Hermano en puestos directivos que hablaba de los problemas que se encontraba... con un religioso muy anciano. Este solo escuchaba y, simplemente, le recordaba que él también había lidiado con los mismos toros durante años. Seguramente, con enorme respeto, le daba alguna vez una idea, una sugerencia, una anécdota esclarecedora. ¡Y esto solo lo pueden hacer los mayores!

Me decía una comunidad cercana que, con todas las dificultades, con sencillez y una constante actitud de búsqueda, pretendían ser comunidad de fe, comunidad que comparte, comunidad que quiere testimoniar los valores cristianos y comunidad fraterna, para transparentar la responsabilidad, la acogida y la alegría de vivir juntos.

La verdad es que no siempre lo conseguimos y tenemos que seguir repensando nuestra presencia en nuestras obras y entornos para encontrar el modo de ser más significativos. En nuestros Capítulos nos hemos dicho que “queremos saber leer, desde la fe, las necesidades de niños y jóvenes para responderlas desde nuestra acción educativa, en comunión con la iglesia local”. El día a día siempre es interesante: no sabes por dónde

va a salir tal o cual familia, si tendremos que acercarnos a un juzgado o si habrán desayunado los hijos de aquellos vecinos. Eso fuera, porque dentro, hay que mirar discretamente los pastilleros, estar atento al coche, a la puerta que siempre se queda abierta, no perderse en el salmo dicho a toda prisa...

Desde ahí algunos leemos la opción para formarnos como acompañantes, como catequistas, como *teólogos* sin salón sino más bien de barrio, por optar por una pastoral que pasa por jugar en los patios con los niños, por tener la puerta abierta, por dejarlo todo si te llama una persona a pedir algo, por poner los pocos talentos al servicio de otros sin guardarme nada. No tengo ni idea de dónde nos llevará todo esto, pero tengo claro que, si es con Dios, será bueno.



La necesaria reforma

Francisco Javier Caballero, CSsR

Nuestro libro del mes es *Con ellas: Mujeres consagradas en el espíritu de la sinodalidad*, de Gloria Liliana Franco Echeverri, ODN, presidenta de la CLAR. Es un texto que responde claramente a una necesaria teología contextual. Abarca tres grandes cuestiones de nuestro tiempo. La primera hace referencia a la figura de la mujer. La necesidad de que sea reconocida y valorada no como favor, sino como derecho. Un proceso de transformación en el que estamos en el conjunto de la Iglesia y en el que todavía contamos con indudables resistencias. La segunda cuestión es la sinodalidad que, como todos sabemos, es la transversal de reflexión y acción en la cual nos encontramos como Pueblo de Dios. La tercera, indudablemente, la figura de la mujer consagrada. La inmensa mayoría de la vida consagrada tiene rostro femenino. Encarnan estas mujeres la capacidad de innovación y creación indudable, son gestantes de espacios co-

munitarios con vida, difunden esperanza y crean hogar. Es particularmente significativo el elenco de mujeres con el que cuenta Liliana para su texto. Todas ellas han hecho un proceso de liberación y configuración con Cristo. Todas ellas son exponentes del compromiso de la mujer en la Iglesia con la sinodalidad: Nathalie Becquart, Silvia Vallejo, Arizete Miranda, M^a Luisa Berzosa, Beatriz Acosta, Birgit Weiler,

Rose Bertoldo, Serena Noceti; Marcia Oliveira y Daniela Cannavina... son sus nombres. Podrían ser muchos más de todas las latitudes, porque la figura femenina en la Iglesia y en la vida consagrada tiene una fecundidad imparable. Arranca el libro diciendo Liliana que: «El espíritu sinodal en el cual camina la Iglesia abre a las mujeres consagradas a un espacio concreto y efectivo para la participación y el empoderamiento...». Y creemos que así es y será.

Entre los amigos que prologan el libro, Pedro Arenas, carmelita, afirma que «las narraciones... son un tejido de ideas que tienen su origen en la vida, en una sumatoria de encuentros... Y como al oír una *quena*, queman, sacuden... llegan al alma, llegan al alma, nos desnudan...» nos hacen ver lo bueno y lo malo, «pero valoran nuestro poco y nos animan a escribir lo inédito, pero aun posible en nuestras vidas».

Este libro tendrá, en la vida consagrada femenina, un sonido «casi como una *quena*».



CON ELLAS: MUJERES CONSAGRADAS
EN EL ESPÍRITU DE LA SINODALIDAD,
GLORIA LILIANA FRANCO ECHEVERRI
CELAM, BOGOTÁ (COLOMBIA) 2023, 274 pp.



CURSO DE ECÓNOMAS/OS



Módulo 2º

16 – 17 de junio de 2023

NOVEDADES EMPRESARIALES, LABORALES Y DE SEGURIDAD SOCIAL

Asesoría Labyfis.
Oviedo.

Viernes 16, junio

Horas: 16:00 - 20:00

Sábado 17, junio

Horas: 10:00 - 14:00
17:00 - 20:00

Información e inscripciones: C/ Juan Álvarez Mendizábal, 65 dupdo. 28008 | Madrid
+34 91 540 12 73 | whatsapp +34 626 278 077 | secretaria@itvr.org | itvr.org

Mesa redonda

Monográfico

2023

ONG's: Una experiencia
de comunión en
incidencia política.

¿Qué es la incidencia política?
¿Por qué incidencia política?
¿Por qué ahora?



Ponente
Mons. Santiago Agrelo
Arzobispo emérito de Tánger



Moderadora
Ana Pastor
Periodista



Ponente
María José Mariño
Religiosa carmelita misionera (REDES)

17

Mayo 19:00h

Salón de actos del Instituto
Teológico de Vida Religiosa.

C/ Juan Álvarez de Mendizábal, 65 dpdo, Madrid

Se ruega confirmar asistencia

676 256 705

secretaria@vidareligiosa.es

